



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO, POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

El capitán de la *Karysía* oyó aquella respuesta con gran disgusto. Sin duda esperaba que Hadjine Elizundo le diese cuenta de su resolución en buena forma, y creía vencer su resistencia haciéndola saber lo que había sido su padre y los lazos que con él le unían. Pero resultaba que la joven lo sabía todo, con lo cual se le rompía su mejor arma. Sin embargo, no se dió por desarmado, y dijo con tono irónico:

—¿De modo que, á pesar de conocer los negocios de la casa de Elizundo, empleais ese lenguaje?

—Le empleo, Nicolas Starkos, y le emplearé siempre, porque es mi deber emplearle.

—Entonces creeré—repuso Nicolas Starkos—que el capitán Enrique d'Albaret....

—¡No mezcléis el nombre de Enrique d'Albaret á todo esto!—replicó vivamente Hadjine.

En seguida, y con objeto de impedir cualquier provocacion, añadió:

—¡Os advierto, Nicolas Starkos, que el capitán Enrique no consentirá casarse jamás con la hija del banquero Elizundo!

—¡Será muy exigente!

—¡Es muy honrado!

—¿Por qué?

—Porque nadie se casa con una heredera cuyo padre ha sido banquero de los piratas. No. ¡Ningun hombre honrado puede aceptar una fortuna adquirida por medio de infamias!

— ¡Pero.... me parece— replicó Nicolas Starkos — que estamos hablando de cosas ajenas á la cuestión que se trata de resolver!

— ¡Esa cuestión está resuelta!

— ¡Permitidme que os haga observar que con el capitán Starkos, no con el capitán d'Albaret, con quien Hadjine Elizundo debía casarse! ¡La muerte de su padre no habrá alterado sus propósitos; como no ha alterado los míos!

— ¡Yo obedecía á mi padre— respondió Hadjine Elizundo — y le obedecía sin conocer los motivos que le obligaban á sacrificarme! ¡Ahora ya sé que obedeciéndole salvaba en honor!

— ¿Qué, sabéis....— preguntó Nicolas Starkos.

— ¡Sé— dijo Hadjine corriendo la palabra — que vos, su cómplice, le habéis interesado en negocios odiosos, haciendo entrar esos millones en una casa de banca, honrada hasta que entrasteis en ella! ¡Sé que habéis debido amezgarme con revelar públicamente su infamia si se negaba á daros la mano de su hija! ¿Es posible que os hayáis figurado alguna vez que al consentir en casarme con vos hacía yo otra cosa más que obedecer á mi padre?

— ¡Está bien, Hadjine Elizundo, nada nuevo tengo que deciros! Mas si tan cuidadosa eris del honor de vuestro padre durante su vida, con mayor razón debéis serlo después de su muerte, y si continuáis resistiendo á cumplir vuestros compromisos respecto de mí....

— ¡Lo diréis todo, Nicolas Starkos! — exclamó la jóven con tal expresión de disgusto y de desprecio que la frente de aquel miserable enrojeció.

— ¡Si.... todo!

— ¡No lo haréis, Nicolas Starkos!

— ¿Por qué?

— ¡Porque os acusaréis á vos mismo.

— ¡Acusarme! ¿Creís acaso que esos negocios se han hecho nunca con mi nombre? ¿Pensáis que es Nicolas Starkos quien recorre el Archipiélago y trafica con prisioneros de guerra? ¡No! ¡Hablando no me comprometería, y si os empeñáis, hablaré!

La jóven miró cara á cara al capitán. Sus ojos, que tenían toda la audacia de la honradez, no se bajaron delante de la snoyos, á pesar de las feroces miradas que la dirigía.

¡ Nicolas Starkos — replicó — podría desarmaros con una palabra, porque ni la simpatía ni el amor os han hecho desear ese matrimonio! ¡Tratabais únicamente de ser dueño de la fortuna de mi padre! ¡Si! Yo podría deciros; ¿Queréis esos millones?... ¡Pues bien, ahí los tenéis!.... ¡Tomadlos!... ¡Salid!.... ¡Que yo no vuelva á veros jamás!... » ¡Pero no diré eso, Nicolas Starkos!... ¡Eso millones, que heredó, no serán vuestros!.... ¡Los guardaré!.... ¡Haré de ellos el uso que tenga por conveniente!.... ¡No! ¡No los tendréis!.... ¡Y ahora, salid de este aposento!.... ¡Salid de esta casa!.... ¡Salid!

Hadjine Elizundo, con el brazo extendido y la cabeza alta, parecía que lanzaba sobre el capitán una maldición como la de Andrónika, cuando algunas semanas ántes le arrojó del hogar paterno. Entonces retrocedió Nicolas Starkos ante su madre, pero en

esta ocasión se fué resueltamente hácia la jóven;

— ¡Hadjine Elizundo— dijo en voz baja — sí! ¡Necesito esos millones, y los tendré de cualquier modo.... los tendré!....

— ¡No!.... ¡Primero los arrojaré á las aguas del golfo! — exclamó Hadjine.

— ¡Os digo que los tendré!.... ¡Los quiero!....

Nicolas Starkos había cogido á la jóven por el brazo. La cólera le cogaba. Ya no veía y hubiera sido capaz de asesinarla.

Hadjine Elizundo comprendió que estaba perdida. ¡Morir! ¡Qué la importaba! La muerte no la hubiera espantado. Pero la enérgica jóven había dispuesto de sí misma de otro modo.... Se había condenado á vivir.

— ¡Xaris! — gritó.

Abríose la puerta y Xaris apareció en ella.

— ¡Xaris, arroja á este hombre!

Iba á volverse Nicolas Starkos, pero ántes de intentarlo se encontró oprimido por dos brazos de hierro. Le faltaba la respiración. Quiso hablar, gritar.... no pudo, porque no cesaba el esfuerzo de aquel espantoso apretón. Un minuto después y casi ahogado, sin poder articular ni un sonido, estaba en la puerta de la calle.

Entonces le dijo Xaris:

— ¡No os auto porque no me ha dicho que os mate! ¡En cuanto me lo digo, lo haré!

Y cerró.

Á aquella hora estaba desierta la calle. Nadie había visto lo que acababa de pasar, esto es, que Nicolas Starkos había sido arrojado de la casa del banquero Elizundo. Pero se le vió entrar, y esto bastaba. Por esto, cuando Enrique d'Albaret, que su rival había sido recibido donde se negaban á recibirle á él, debió pensar, como todo el mundo, que el capitán de la *Karysta* había con la jóven en las condiciones de prometido.

¡Qué golpe para él! ¡Nicolas Starkos en la casa de la cual le tenía alejado una consigna inquebrantable! Tentaciones le dieron de maldecir á Hadjine; ¿quién no lo hubiera hecho? Pero reflexionó, su amor se sobrepuso á su cólera, y aunque las apariencias condenaban á la jóven, exclamó:

— ¡No! ¡no! ¡no es posible!.... ¡Ella.... de ese hombre!.... ¡No puede ser!.... ¡No es!

Entre tanto Nicolas Starkos, no obstante las amenazas que había dirigido á Hadjine Elizundo, se decidió á callar y á no decir nada de aquel secreto que pesaba sobre la vida del banquero. Con esto tenía libertad de acción y siempre sería tiempo de hacerlo si las circunstancias lo exigían.

Así quedó convenido entre Skopela y él; pues no ocultó al segundo de la *Karysta* nada de lo ocurrido en su visita á Hadjine Elizundo. Skopela aprobó la idea de no decir nada y de reservarse, observando que las cosas no tomaban un aspecto favorable á sus propósitos. ¡Lo que le preocupaba sobre todo era que la jóven no quisiera comprar su silencio entregándole la herencia! ¿Por qué? No lo entendía.

En los días siguientes hasta el 12 de Noviembre no abandonó el barco ni durante una hora, buscando

y combinando los medios que podían conducirle á su fin. Contaba con el destino, que tanto le protegió en el curso de su abominable existencia.... Pero esta vez no le favorecía.

También Enrique d'Albaret hacia una vida retirada. No quiso renovar sus tentativas para ver á la joven, pero no perdía la esperanza.

El día 12, ya de noche, recibió una carta. Un vago presentimiento le hizo sospechar que sería de Hadjine Elizando. Cuando abrió el sobre y leyó la firma, vió que no se engañaba.

La carta tenía pocas líneas, escritas por mano de la jóven, y decía así :

« Enrique : ¡ La muerte de mi padre me ha devuelto la libertad, pero debéis renunciar á mí ! La hija del banquero Elizando no es digna de vos ! ¡ Nunca seré de Nicolas Starkos, que es un miserable, más tampoco puedo ser de Enrique d'Albaret, que es un hombre honrado ! ¡ Pardon, y adios !

» HADJINE ELIZANDO. »

En cuanto Enrique d'Albaret recibió la carta se dirigió corriendo á la Strada Reale....

La casa estaba cerrada, abandonada, desierta, como si Hadjine Elizando hubiera huido de ella con su fiel Xaris para no volver jamas.

IX.

EL ARCHIPIÉLAGO SUBLEVADO.

La isla de Scio, conocida generalmente con el nombre de Chío desde aquella época, está situada en el mar Egeo, al Oeste del golfo de Smyrna cerca de la costa del Asia Menor. Con Lesbos al Norte y Samos al Sur, pertenece al grupo de las Sporadas, situado al Este del Archipiélago. Su perímetro tiene un desarrollo de unas 80 leguas. El monte Polineo, ahora monte Elias, se eleva hasta á una altura de 2.500 pies sobre el nivel del mar.

De las principales poblaciones que tiene la isla (Volysso, Pitys, Delphinium, Lenconia, Cáucasa), Scio, su capital, es la más importante. El 30 de Octubre de 1827 desembarcó allí el coronel Fabvier con un pequeño cuerpo expedicionario, cuyo efectivo se componía de 700 hombres de fuerzas regulares, 200 jinetes y 1.500 voluntarios, con un material de 10 obuses y otros tantos cañones.

La intervención de las potencias europeas después del combate de Navarino aun no había podido resolver la cuestión griega. Inglaterra, Francia y Rusia no querían marcar al nuevo reino otros límites que aquellos en que estuvo contenida la insurrección. Esto, como se comprende, no podía convenir al Gobierno helénico, el cual exigía, además de toda la Grecia continental, Creta y la isla de Scio, tan necesarios para su autonomía. Para realizar este deseo, Miaulis tomaba á Creta por objetivo, Ducas la Tierra Firme, y Fabvier desembarcaba en Marmolinna, en la isla de Scio, en la fecha ántes citada.

Con razon querían los helenos arrebatar á los turcos aquella isla soberbia, magnífico joyel de las Sporadas. Su cielo, el mas puro del Asia Menor, la favorece con un clima delicioso, sin frios extremados ni

calores excesivos. Refréscale el aliento de una brisa moderada, el que hace de ella la isla más saludable de todo Archipiélago. En un himno atribuido á Homero, cuya cuna pretende Scio haber nacido, el poeta la llama « fertilísima ». La parte situada al Oeste destila vinos deliciosos, que rivalizarían con los más afamados de la antigüedad, y una miel que puede rivalizar con la del Hyrreto. Al Este uodarian naranjas y limones, famosos hasta en la Europa occidental. En el Sur se cubre de esas varias especies de lentiscos que producen una goma muy estioada, la almáciga, de gran empleo en las artes y aun en la medicina.

Finalmente, en aquella comarca bendecida por Dios crecen ligueras, almendros, granados, olivos, palmeras y todos los tipos más hermosos de la flora arborescente de las zonas meridionales de Europa.

El Gobierno quería unir aquella isla al nuevo reino, y por esto el valeroso Fabvier se encargó de conquistarla, á pesar de todos los sinsabores que le proporcionaron aquellos mismos en cuyo favor había ido á verter su sangre.

Durante los últimos meses de aquel año no cesaron los turcos de matar de asesinar y de hacer *vassias* en toda la extension de la península helénica, hasta la víspera del desembarco de Capo d'Istria, en Nainplia. La llegada de este diplomático debía poner fin á las discordias intestinas de los griegos y concentrar el gobierno en una sola mano. Pero aunque Rusia declarase la guerra al Sultán seis meses después y contribuir por este medio á la constitución del nuevo reino, Ibrahim seguía dominando la parte central y las poblaciones maritimas del Peloponeso. Y por más que, al cabo de ocho meses, el 6 de Julio de 1828 se dispusiera á abandonar el país donde tanto daño había hecho, y aun cuando en Setiembre del mismo año no debiera quedar un solo egipcio en territorio griego, aquellas hordas salvajes siguieron saqueando la Morea durante mucho tiempo.

Sabiendo que los turcos ó sus aliados ocupaban ciertas ciudades de la costa, tanto en el Peloponeso como en Creta, á nadie extrañará que numerosos piratas recorrieran los mares circunvecinos. Si causaban daños á los buques de cabotaje, no era porque los comandantes de las escuadrillas griegas, los Miaulis, los Canaris y los Tsamadós dejasen de perseguirlos; pero los piratas eran muchos é infatigables, y el cruzar por aquellas aguas no ofrecía ninguna seguridad. De Creta á la isla de Metelin, y de Rodas á Negroponto, todo el Archipiélago estaba sublevado.

En la misma Scio, aquellas partidas, compuestas de la escoria de todas las naciones, merodeaban por los alrededores de la isla y acudían en auxilio del Pachá, encerrado en la ciudadela, á la que el coronel Fabvier iba á sitiar en lastimosas condiciones.

Se recordará que los negociantes de las islas Jónicas, espantados por aquel estado de cosas, como á todas las escuelas de Levante, se habían reunido para armar una corbeta destinada á perseguir á los piratas. Cinco semanas hacía que la *Syphanto* salió de Corfú para trasladarse á los mares del Archipiélago. Dos ó tres empeños de los cuales había salido airoso,

y la captura de varios buques coincidentalmente sospechosos, no podían menos de animarla para proseguir en su obra. En diversas ocasiones se encontró en las aguas de Psara, de Scyro, de Zea, de Lemnos, de Páros, de Santorino, y su comandante Stradana cumplía su misión con tanto valor como fortuna. Sin embargo, nunca logró encontrar á aquel invisible Sacratif, cuya aparición iba siempre señalada por sangrientas catástrofes. Muchas veces se oía hablar de él, pero nadie pudo verle.

Unos quince días antes, el 13 de Noviembre, apareció la *Syphanta* cerca de Scio con una presa á cuya tripulación cursaría impuso Fabvier el castigo que merecía.

Desde entonces ya no se tuvieron noticias de la corbeta. Nadie sabía en qué sitios se dedicaba á cazar á los piratas del Ardiépélagos, y ya empezaban á manifestarse los ánimos inquietos. En aquellos estrechos mares, sembrados de islas, y por consiguiente de puntos á propósito para recalar, era extraño que trascurriesen muchos días sin conocer el paradero de un buque como aquel.

En tales circunstancias, el 27 de Noviembre, Enrique d'Albaret llegaba á Scio, ocho días después de abandonar á Corfú, para unirse á su antiguo comandante á fin de continuar su campaña contra los turcos.

La desaparición de Hadjine Elizundo fué un golpe terrible para él. ¿Es decir, que la jóven rechazaba á Nicolas Starkos como un miserable indigno de ella, y al que había merecido su amor, porque era indigno de él! ¿Qué misterio encerraría todo aquello? ¿Dónde encontraría la clave? ¿En la vida de la jóven, tan sencilla, tan honrada? ¿No, de ningún modo! ¿En la vida de su padre? ¿Pero qué podría existir de común entre el banquero Elizundo y el capitán Nicolas Starkos?

¿Quién hubiera podido responder á estas preguntas? La casa de banca estaba desierta. Xaris había debido abandonarla al mismo tiempo que la jóven. Enrique d'Albaret no podía contar sino consigo mismo para descubrir los secretos de la familia Elizundo.

Primero pensó en hacer pesquisas por la ciudad de Corfú, y luego por la isla entera. ¿Estaría Hadjine refugiada en algún sitio ignorado? Hay, en efecto, en la superficie de la isla un buen número de aldeas donde es fácil encontrar retiro seguro. Para el que quiera huir del mundo y permanecer olvidado, Beniza, Santa Decca, Lencimma y otras veinte ofrecen tranquilo albergue. Enrique d'Albaret recorrió todas las aldeas, y buscó en los más insignificantes pueblos alguna huella de la jóven; pero nada logró encontrar.

Un indio le permitió suponer que Hadjine Elizundo había salido de la isla de Corfú. En el puertecito de Alipa, al O. N. O. de la isla, supo que algún tiempo antes se hizo á la mar un ligero speromero después de recibir á dos pasajeros que le fletaron con el mayor secreto.

Mas éste era un indicio muy vago.

Pronto experimentó nuevos temores por ciertas coincidencias de hechos y de fechas.

En efecto, cuando estuvo de vuelta en Corfú supo que la saqueola había salido del puerto, y lo que resultaba más grave era que zarpó el mismo día de la desaparición de Hadjine Elizundo. ¿Existiría alguna relación entre aquellos dos sucesos? ¿Habría sido arrebatada la jóven por la fuerza al mismo tiempo que Xaris, y estaría en poder del capitán de la *Karysta*?

Esta idea destrozaba el corazón de Enrique d'Albaret. Pero, ¿qué hacer? ¿Á qué lugar del mundo iba á buscar á Nicolas Starkos? ¿Quién era aquel aventurero? La *Karysta*, cuya procedencia se ignoraba y cuyo destino se desconocía, tenía derecho para ser considerada como buque sospechoso. En cuanto el jóven oficial se tranquilizó no pudo ménos de dejar de su mente aquella idea. Puesto que Hadjine Elizundo se declaraba indigna de él, y puesto que no quería volver á verle, había motivo para pensar que huyó voluntariamente bajo la protección de Xaris.

Si esto hubiera sucedido, Enrique d'Albaret sabría encontrarla. Quizá su patriotismo la hubiera impulsado á tomar parte en aquella lucha en que se ventilaba el porvenir de la nación. ¿No sería posible que aquella enorme fortuna de la cual disponía libremente estuviera puesta al servicio de la guerra de la independencia? ¿Por qué no había de seguir, en el mismo teatro, á las Bobolina, las Médena, las Andróika, y tantas otras que la producían una admiración sin límites?

Convencido, pues, Enrique d'Albaret de que Hadjine Elizundo no se encontraba en Corfú, se decidió á volver á sentar su plaza en el cuerpo de los amigos de Grecia.

El coronel Fabvier estaba en Scio con sus fuerzas y allí fué á unirse con él. Salió de las islas Jónicas, cruzó la parte Norte de Grecia, atravesó los golfos de Pátris y de Lepanto, se embarcó en Egina, librándose no sin trabajo de caer en manos de los piratas que saqueaban las islas Cycladas, y llegó á Scio después de un rápido viaje.

Fabvier recibió al jóven oficial de una manera tan afectuosa que demostraba la estimación en que le tenía. Aquel valiente soldado veía en él, además de un adicto compañero de armas, un amigo seguro al cual podía confiar sus penas, que eran grandes. La indisciplina de los voluntarios, que constituían una cifra importante en el cuerpo expedicionario; el sueldo mezquino y no pagado muchas veces, y los conflictos suscitados por los mismos habitantes de Scio, eran causas que le hacían experimentar retraso en sus operaciones.

Entre tanto, había comenzado el sitio de la ciudadela de Scio, y Enrique d'Albaret llegaba en tiempo oportuno para tomar parte en los trabajos de aprehen. En dos diversas ocasiones las potencias aliadas ordenaron á Fabvier que cesase en sus preparativos; el coronel, resueltamente apoyado por el Gobierno helénico, no dió cumplimiento á aquellas órdenes y continuó su obra sin descanso.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

—¿Cómo?

—De una manera sencillísima. Colocarémos nuestra artesa, hecha con la banda de corteza y dos hojas en la base, en el lecho de la corriente de agua y cerca de la orilla. La llenarémos de agua y apretarémos fuertemente nuestra harina con un filtro, agitando en esa especie de remojadero, de modo que la fécula se disuelva y caiga al fondo. Después de un rápido lavado se apartará la pulpa inútil. La fécula se deposita pronto y adquiere consistencia. Cuando esté amasada en cantidad suficiente, bastará decantarla, sacarla de la artesa, enjuagarla y ponerla á secar en la sombra. Para evitarémos el trabajo y las dificultades de la estiva, la envolverémos en hojas de sagotal, formando panes de diez á doce kilogramos.

—Ha sido una fortuna el venir aquí. Corremos el riesgo de ser devorados; pero al ménos estamos seguros de no morir de hambre, lo cual no deja de ser un consuelo.

Mientras que nuestros amigos se entregan al trabajo con su acostumbrada actividad, digamos algunas palabras sobre el sagotal, ese «trigo» oceánico, más precioso aún que el casabe, ese maná de los pueblos primitivos de la América del Sur, pues el tronco, las ramas y las hojas se prestan á usos variados.

Las hojas se emplean de mil modos en los distritos de sagú. El nervio central de esos gigantesos órganos de la vegetación reemplaza al bambú, y es superior á él en muchas circunstancias. Tiene una longitud de tres á cinco metros; en la base suele ser tan grueso como la pierna de un hombre vigoroso, y está llena de una médula dura; cubierta por una epidermis delgada, pero á la vez muy resistente. Con esos nervios pueden construirse chozas, y sirven para piés derechos destinados á sostener el edificio compuesto de otros materiales. Hendidos y colocados de plano sobre correas, forman tablonos de piso. Escogidos de uniforme magnitud y bien preparados, sujetos con clavijas, reemplazan ventajosamente á las tablas, pues además de que no cuesta nada la mano de obra, no se abalean nunca, ni exigen pintura, ni barniz, ni se emmohecen, ni se pudren, y resisten á las lluvias terrenciales de los trópicos. Esta es la causa de que sean el elemento indispensable de las moradas de los residentes europeos. No hay nada tan sólido, tan elegante y tan higiénico como esos *chalets*, de agradable tono, oscuro casi exclusivamente, contruidos con ese vegetal que abriga y nutre á centenares de miles de hombres. No olvidemos la techumbre, que no lo es ménos interesante. Las hojas pequeñas del sagotal, dobladas y fijas por los nervios, forman el estape que

reemplaza á la teja y á la pizarra de Europa y la cubierta de waja de la América equinoccial.

La harina no solamente sirve para alimento sano y nutritivo, sino que de ella se obtienen golosinas muy apreciadas. Aparte la pasta tosea que cocida en el agua forma una masa gelatinosa un poco astringente, la cual se come con sal, limón y pimientos, los «panecillos calientes» son exquisitos, arreglados con jugo de caña y coco raspado. Esto constituye un plato de dulce muy apetitoso. Para confeccionar estos pasteles se tritura el cilindro primitivo y se reduce á polvo fino. Este polvo se coloca en un horno de arcilla dispuesto en compartimientos verticales de quince centímetros de alto y tres de ancho. Este horno, calentado con carbones encendidos, está cubierto con hojas de palmera. La cocción dura cuatro ó cinco minutos. La harina toma cuerpo en los compartimientos, cuya forma conserva, y de este modo se obtienen panecillos que remedan los que se hacen en Europa con harina de flor, pero tienen un sabor especial muy agradable que no posee el sagú del comercio.

Secos al sol y empaquetados en hojas se endurecen y pueden conservarse durante muchos años. Entónces toman el aspecto y la consistencia de la galleta y ofrecen graves inconvenientes para ciertos maxilares de los países civilizados. Pero en Oceanía se ignoran los beneficios de la prótesis dental y los estómagos recalcitrantes. Es una delicia el ver á los niños del país triturar el sagú con sus molares, que todavía no se han ennegrecido con el betel, y que podrían dar envidia á un lobo. Ligeramente humedecidos con agua y puestos á laumbre vuelven esos pasteles en pocos minutos al mismo estado en que se hallaban al salir del horno, y los europeos los saborean con el café. Por último, cocidos y preparados de diversos modos, reemplazan ventajosamente á las legumbres.

Con este motivo el autor creería faltar á los deberes de un estómago agradecido si no hiciera mención de cierta comida que forma época en su existencia, y en la cual fué el sagú el plato favorito. El cogollo del sagotal—no sé si he dicho que este árbol termina en un cogollo análogo al del maripa, al del patawa y al del palmito—fué encerrado con pimienta en una caña de bambú del grueso de una pierna. Esta caña, cuidadosamente tapada en sus extremos, se colocó junto á la lumbré. Al cabo de un cuarto de hora la cocción era completa. El contenido de aquella marmita de nuevo género estaba exquisito con un panecillo de sagú. Un consejo ántes de proseguir. Es muy prudente el apartarse durante la cocción, pues acon-

tece á menudo que la marmita estalla como una bomba.

En fin, cuando hayamos dicho que la pelusa de las hojas nuevas sirve á los isleños para fabricar tejidos deliciosos, siempre que se les autoja sustruere á su proverbial pereza, que de los nervios obtienen una cordelería indestructible, que hacen con sus frutos fermentados una bebida muy agradable y un aguardiente de gran fuerza, entonces habríamos completado la monografía del sagotal.

El lavado y el amasado de la harina habían concluido, y la importante operación de secar tocaba á su fin. Después de aquella corta y fructífera escala en la punta Sudoeste de Nueva Guinea, los tres amigos no tardarían en emprender su viaje en piragua. Friquet y Pierre le Gall conversaban, mientras que el chinío daba vueltas á los panes de fécula colocados á la sombra. El parisíense, tendido á la larga al pie de una higuera, según distraíblemente las idas y venidas de una bandada de loros, y el marino, echado en el suelo boca abajo, con la barba apoyada en ambos puños, seguía una conversacion muy interesante, salpicada, como siempre, de pintorescos vocablos marinos.

El ruido de una carrera precipitada y luego el suspiro abogado de un ser falto de aliento les hizo estremecerse. Friquet ejecutó una cabriolé hacia atras y su puso en pié con el machete en la mano. El marino se levantó como si fuese de una sola pieza, empuñando una maza de las que poco antes le habían servido para moler la pulpa del sagotal.

Victor, sofocado, vórboso al través de su epidérmis amarilla, con los labios contraídos y los ojos dilatados por el susto, se colocó entre sus dos amigos señalando con el dedo la espesa cortina que acababa de romper á impulsos de su desenfrenada carrera. El jubre niño no lanzó ni un solo grito á pesar del terror que le dominaba. El cuerpo estaba alterado, pero la voluntad permanecía firme.

— Vamos, Victor — preguntó Friquet en voz baja. — ¿Qué hay? ¿Estás asustado? ¿Has puesto el pié en la cola de alguna serpiente? ¿Ha querido algun tigre hincar sus garras en tus pantorrillas?

— No, señor — balbuceó. — No... no, animales.... Salvajes.... allí.

— ¿Salvajes!.... ¿Son muchos?

— Dos salvajes.

— ¿No son más que dos? Eso no vale la pena de que te hayas hecho sangre, polvorcillo mío. Tienes un color que parece un limón verde.

— ¿Dónde están tus salvajes?

— Allí... en el bosque.

— ¡Adelante!.... — dijo en voz alta el parisíense. — Tengan la bondad de pasar.

Aquella cordial invitacion fué aceptada por los visitantes.

Por segunda vez se entreabrió aquella verde cortina, pero muy despacio, cuidadosamente, y aparecieron dos seres extraños hasta no poder más. Aun cuando iban armados hasta los dientes, no dejó de preocuparles la belicosa actitud del jóven; pero este, al ver su aspecto conciliador, bajó la formidable

hoja de su espumadera (machete de abordaje) y se acercó á ellos con la sonrisa en los labios.

— ¡Diablo! — dijo con su habitual tono de chunga.

— Son feos como micos y sucios como el contenido de la espuerta de un trapero.

— Me parece que necesitan — interrumpió Pierre le Gall — un buen baldeo y algunos pasos de estropajo y de jabón.

— Sin embargo, á pesar de ese aspecto poco agradable, no deben venir con intencion de transformarnos en *bofstech*, y por consiguiente les aconsejamos de una manera afectuosa.

Los recién venidos se quedaron asombrados al oír aquel flujo de palabras. Tenían una estatura regular, un metro y sesenta centímetros. Llevaban brazaletes de cobre y anillos colgados de la perilla de la nariz y del lóbulo inferior de la oreja por todo traje, pero habían hecho una ligera concesion al pulir atándose á la cintura un traje de dudoso color.

Rodeaba su cuerpo una espesa capa de suciedad, tenían las piernas cubiertas de escoriaciones producidas sin duda por una alimentacion mala ó insuficiente y exhalaban un olor á almizcle tan fuerte que hubiera puesto en conmocion á una tribu de esquimales.

Á pesar de las lagas y del barniz que cubre su cuerpo, nótase que está lleno de vigor. Pero sus miembros no son tan elegantes como los de los papuas propiamente dichos. Las piernas son zambas, los piés planos y el cuello hinchado. En cuanto á sus cabezas, difieren esencialmente de las de los antropófagos de la isla Woodlark. Parecen que están esbozadas por un obrero torpe. Los arcos de las cejas son enórricos, prominentes como los de los grandes monos antropomorfos, y en su fondo brillan dos ojos feroces; la nariz aplastada, cuadradas las mandíbulas y poderosas como las de un perro dogo; los labios gruesos completan la expresion poco simpática de aquella careta achatada.

Sus cabellos son ligeramente rizados, reunidos en trenzas, caen sobre su nuca como mazarecas de maíz; gruesos brazaletes de cobre verde gris adornan las muñecas y los antebrazos. Uno de los dos negros lleva en la nariz un gran anillo formado de una concha que le entre la boca de un modo extraño; el otro se contenta con un largo trozo de hueso, que le descubre asquerosamente la nariz. Cíentrices rojas y azules, resultado de antiguas pinturas, serpentean caprichosamente desde los hombros á la cintura, para terminar en el pecho y en el vientro, enlazándose en caprichosos arabescos.

Está armado cada cual de una lanza de dos metros, de punta de bambú, adornada en el asta con una gruesa borla de plumas de casuar, y de arcos de madera de castaño cuya cuerda es un junquillo. Sus flechas, muy largas, de metro y medio, muy rectas y muy ligeras, son de bambú como las lanzas y están terminadas por una punta de hueso al modo de sierra. Armas más terribles en la apariencia que peligrosas en la realidad, si se tiene en cuenta la torpeza habitual de los papuas, á juzgar por lo que dicen los exploradores más dignos de fe (1).

(1) No tardaríamos en ver que esta opinion es errónea.

Después de un examen de algunos minutos, que sufren como hombres enteramente satisfechos de su físico, se dan golpes en el vientre con ese ademán característico que en todos los países del mundo significa: « ¡Tengo hambre! »

Friquet comprende aquella elocente pantomina y les dice:

— Lleguís con oportunidad. Ayer nos hubiéramos visto muy apurados para ofrecer os un almuerzo, mas hoy ya es otra cosa. La despensa está bien provista,



Aparecieron los seres extraños.

ó como diría maese Pierre le Gall, el pañol de viveres está lleno.... Pero como ignoráis de igual modo el lenguaje marino que el idioma francés, y considerando que sería inútil un discurso más extenso, hé aquí lo que podemos dar.

Al decir esto, ofreció á los dos hambrientos un cilindro de sagú con los residuos del kanguro y un grupo de bananas.

Sería imposible descubrir la expresion de gozo que se dibujó al ver tal largueza en los rostros de los isleños. Una risa particular separa sus labios helfos, descubriendo una doble empalizada de marfil cuyo

esmalte todavía no ha sido alterado por el betel. En seguida, y para no perder tiempo, las dos bocas, verdaderas fauces de tierra, se dilatan, bérbase la sonrisa y los viveres desaparecen con una proleza increíble. Esta comida de bestia famélica dura un cuarto de hora. Durante quince minutos no se oye más que un crujido de molares acompañado de guiños de ojos, muecas, saltos y movimientos de deglucion, propios de las aves de corral cuando un trozo demasiado voluminoso se resiste á pasar por el gargnero. Todo el sér trabaja para restaurarse. Esta gimnástica cesa poco á poco. El abismo se ha llenado. Ambos com-

padres, repletos hasta el punto de estallar, lanzan simultáneamente un ¡oh! de satisfacción, y pasan con lentitud la mano por el vientre, cuya cavidad se ha ido transformando en una protuberancia enorme.

Lnégo chapurreó algunas palabras en lengua desconocida, con gran enojo para Friquet, que hubiera querido entablar conversacion con ellos.

Para ¡cuál sería un sorpresa al ver que Victor se acercó á ellos é interviene en su diálogo!

— ¡Ah! ¿Cómo es así? ¿Sabes hablar la lengua salvaje?—le pregunta el parisiense absorto.

— No, Fliqué. Salvajes hablan un poco malayo. Yo comprendo malayo.

— ¡Malayo! ¡Hablan malayo! Esto quiere decir que por aquí cerca hay algún establecimiento civilizado, ¡Caramba! Si fuera verdad cambiaría de un modo notable nuestros proyectos.

Su esperanza fué de corta duracion. Los huéspedes de los naufragos tenían escasos conocimientos de la lengua malaya, y por consiguiente no pudieron suministrar ningún dato de importancia á los europeos.

Hé aquí lo que les dijo Victor, intérprete muy celoso, pero cuyo lenguaje necesitaba á veces prolijas aclaraciones.

Aquellos dos hambrientos eran Karones (1). Señalando al Poniente, decían que habían caminado mucho tiempo..., mucho tiempo. Eran muy numerosos al salir, pero fueron diezmados por enemigos poderosos que les hacían una guerra encarnizada. Todos sus compañeros habían sido devorados, y ellos se hallaban solos vagando á la ventura como malditos.

— Hubiera creído — dijo Friquet después de oír las respuestas que le transigió su intérprete — al ver su aspecto físico, que podía concedérselos, sin vacilación, el diploma de antropófagos. Pregúntales si comen también carne humana.

Esta pregunta les causó una risa estrepitosa. Sus rostros, terribles y repugnantes, se iluminaron con resplandores de codicia, y ambos se apresuraron á responder afirmativamente, como si el canibalismo fuese la cosa más natural del mundo.

— ¿Han comido muchos hombres?

Uno de ellos extendió modestamente sus manos para indicar que había tenido participacion en diez festines de carne humana. El otro presentó primero sus dos pies y en seguida sus dos manos.

— En buena aritmética, eso quiere decir veinte. ¡Está bien! ¡Singular manera de comprender las relaciones sociales y la población de un país.

Victor, después de una larga conversacion acompañada de una pantomima muy expresiva, continuó su interesante traducción, y Friquet creyó comprender que los karones se prohíben unos á otros, y de

(1) Los karones habitan en la parte Noroeste de Nueva-Guinea, cerca de Amberbald, aldea situada á 75 leguas de Dorey. No pertenecen á la rama papua; son negritos que tienen muchos puntos de contacto con los salvajes aborígenes de Filipinas.

La presencia de los negritos se había sospechado en Nueva-Guinea. Un explorador francés, M. Achille Raybaud, fué quien en 1870 descubrió en certidumbre los sospechos de los salvajes.

una manera enérgica, el arrojarse sobre un hombre vivo. Devoran solamente á los enemigos muertos en la guerra.

— Esa distincion es un poco sutil; pero en suma, ¿quién sabe si el motivo esencial de esa costumbre monstruosa no es el hambre que agujonea á esos infelices?

— ¿Y el sagú? — interrumpió con mucha oportunidad Pierre le Gall. — No hay más que bujarse y tomarlo, y puesto que no se necesitan sino diez días para preparar el alimento anual de un hombre....

— No pretendo disculparles, pero....

Un agudo silbido cortó la palabra al parisiense y una larga flecha con plumas en el asta fué á clavarse en el tronco de un bananao, precisamente encima de la cabeza de uno de los karones.

El pobre diablo, lleno de miedo y temblando, se dejó caer al suelo.

Pierre y Friquet tomaron sus carabinas y se pusieron en estado de defensa.

— ¡Adelante! — dijo el parisiense. — Ya hacia muchos días que duraba nuestra tranquilidad. Va á comenzar el jaleo.

En aquel instante resonaron feroces aullidos en el inmenso bosque, cuyas ramas se agitaban por todas partes.

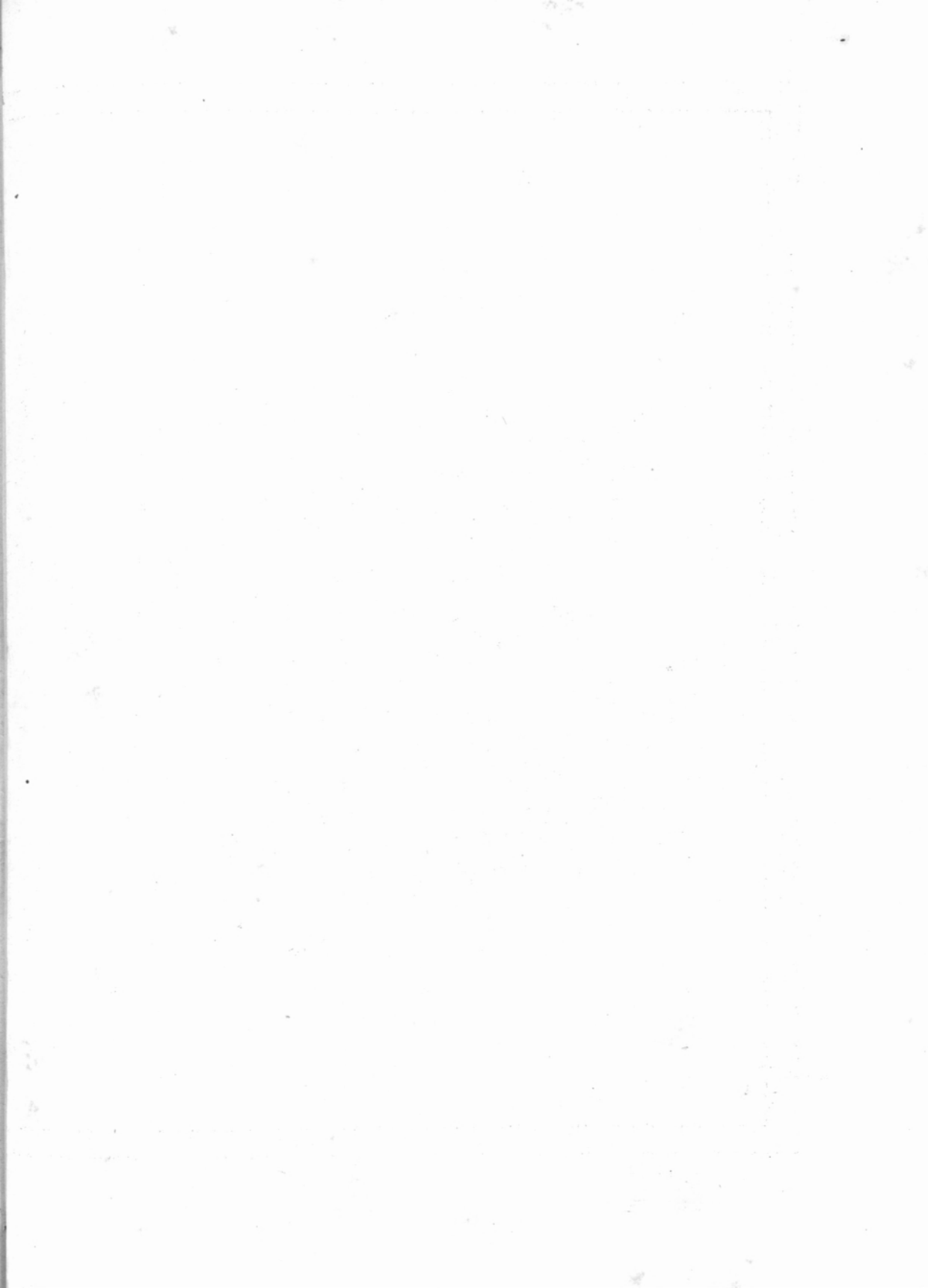
CAPÍTULO X.

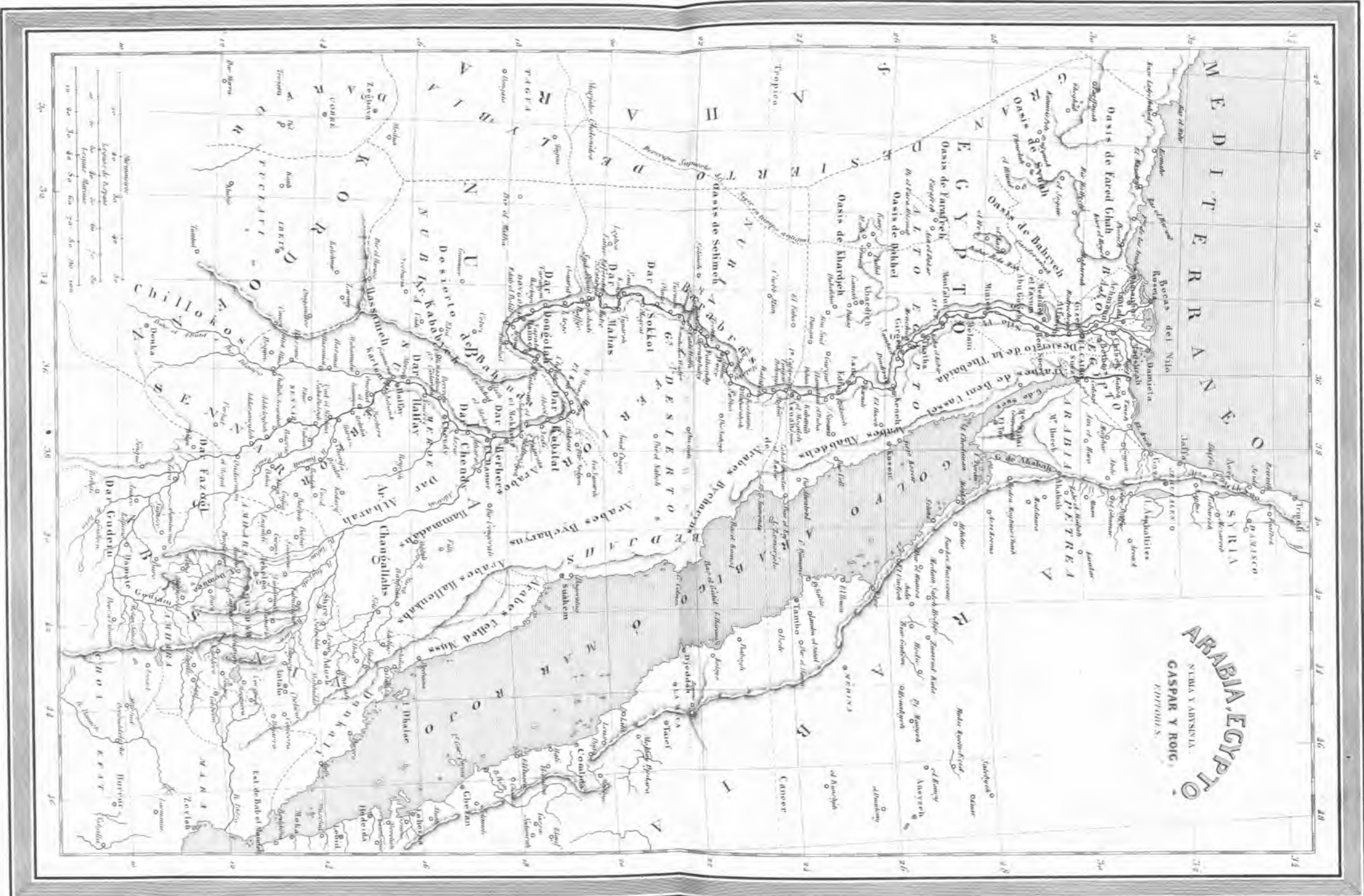
Invención de papuas.—Un marino de Conquet y un pilluelo de París. Prisioneros de los antropófagos.—El jefe Usimack. — Los recursos del pilluelo. — Concierto instrumental. — Afición de los papuas á la música. — Los hijos de Nueva-Guinea no tienen gran necesidad de sueño. — Obra maestra de construcción naval indígena. — La esclavitud en Papuasia. — Montañeses y ribereños. — Diferencias de sus temperamentos y de sus costumbres. — La aldea acústica. — Escudo de una casa aérea. — Casa con claraboya. — Peligros de un país en falso. — El andar por los corredores constituye un verdadero ejercicio gimnástico.

Unos doce papuas, armados de arcs y de flechas, aparecieron saltando y rodearon en seguida á los dos karones, que manifestaron un terror indescriptible. Los europeos, fieles á sus hábitos de prudencia, y en lo posible, de conciliación, contando además en su fuerza corporal, no emprendieron el ataque. Los recién venidos, que sin duda sólo deseaban apoderarse de los karones, tuvieron un momento de vacilacion al ver á los dos blancos, cuya presencia en aquel sitio, y con tal compañía, les sorprendió en extremo.

Consultáronse con la voz y con los gestos; después, al ver la actitud resuelta del parisiense y del marino breton, y sobre todo al observar las carabinas, cuyo uso debían conocer perfectamente, descargaron toda su cólera sobre los pobres diablos negritos á quienes el terror había vuelto de color de ceniza. Parecían dos animales cogidos en un lazo y no trataron de defenderse; el miedo les había paralizado, hasta el punto de impedirles verificar un solo movimiento.

Los papuas estrecharon su círculo al redor de los karones, sin ocuparse para nada de los blancos. Dos de ellos los cogieron por sus gruesas trenzas y levantaron sobre su cabeza el *peda*, especie de sable que nunca abandonan los papuas y que les sirve para toda clase de usos. Ya se preparaban á cortarles la cabeza sin más formalidad, cuando Friquet y Pierre



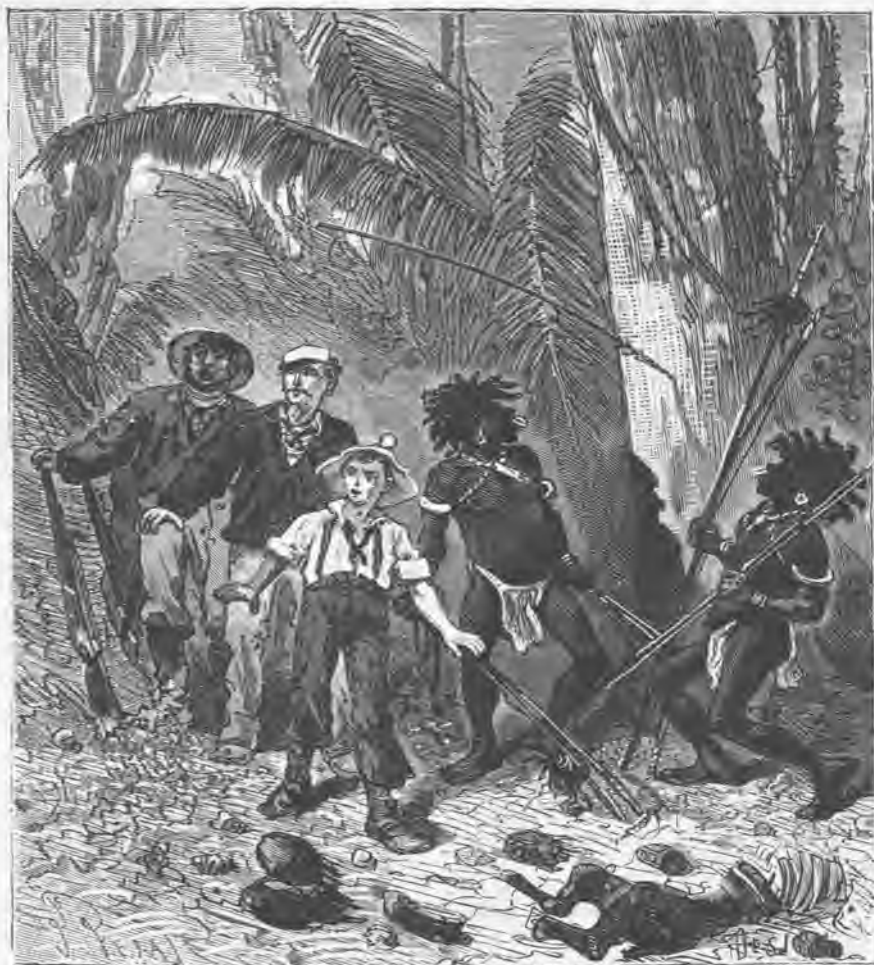


intervinieron oportunamente para impedir aquella escena de matanza. El marino, siempre metódico, cogió en el aire el puño de uno de los asesinos, en tanto que Friquet derribaba al otro de una zancadilla tan elegante como irresistible.

—Hacia mucho tiempo que no sacaba los escarpi-

nes á nadie, y esta falta de ejercicio va entorpecer mis piernas.

Aquel ataque inesperado desorientó á los negros, los cuales estaban más asombrados que furiosos. Mientras que los autores de la abortada tentativa se levantaban aturdidos y los demás retrocedían algunos



Una larga flecha fué á clavarse en el tronco de un humano.

pasos con una especie de temerosa deferencia, el que parecía jefe bajo la punta de su lanza y habló á los europeos en una lengua desconocida.

El discurso fué largo y animados los gestos. El orador señalaba á los karones, que seguían llenos de terror; hacia ademan de cortarles la cabeza; luego abrió la boca desmesuradamente, enseñándola, ya á los blancos, ya á los negritos.

—Que me lleve el diablo—dijo Friquet entre risueño y enfadado—si ese imbécil no nos toma por antropófagos.

—¡Mil bombas!—añadió Pierre le Gall.—No

faltaba más sino ser un marino modelo, haber comido durante treinta años galleta y tocino salado, para que le tratan á uno de tal modo esos bribones morenos.

—Es preciso que seáis más brutos que calabazas huecas—dijo el parisense—para no comprender que si comiéramos carne humana no nos hubiéramos roto las niñas fabricando sagú. ¡No hay duda de que los karones son muy apetitosos!..... Antes que tancarles el diente prefiero comer no sé qué..... tierra, hojas, suelas de zapato.

(Se continuará.)

F. GERSTÄCKER.

AVENTURAS DE UNA COLONIA DE EMIGRANTES EN AMERICA.

NOVELA ALEMANA

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR TOMAS ROMEA Y RAFAEL GIL.

DIBUJOS DE J. CUEVAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA SALIDA.

En una hostelería de la antigua ciudad anseática de Brema, á cuyo frente se hallaba el posadero Meier, estaban reunidos, para oír leer y firmar el contrato, cuyos diferentes artículos habían sido redactados por un comité elegido al efecto, casi todos los pasajeros del hermoso buque nuevo *La Esperanza*, mandado por el capitán Wellbach. Este contrato no se refería solamente á su viaje por el Océano, sino que también alcanzaba á su llegada á otra región; debía servir, según lo anunciaba el preámbulo, para unir amistosamente á los emigrantes entre sí en la empresa que iban á intentar.

El comité se componía de seis personas: el pastor Hehrmann, el abogado Becher, M. de Schwanthal, dos hermanos comerciantes llamados Siebert y M. de Herbold, que en otro tiempo había poseído una propiedad nobiliaria. Estas seis personas se habían encargado de organizarlo todo, de manera que se igualaran los derechos y las pretensiones de los emigrantes, que se dirigían á los Estados Unidos para comprar y explotar juntos una propiedad; y aquellos que en su vida habían tenido ni un arado ni una pala, se alegraban, cual si fueran niños, ante la idea de trabajar en una tierra nueva, en un bosque virgen, y de recolectar el trigo por ellos sembrado.

El mayor de los Siebert se había encargado de arreglar las condiciones de la travesía y de recibir el precio del pasaje, así como una pequeña suma que para los primeros trabajos de explotación le había remitido cada emigrante. Cuando todos los asociados hubieron firmado el acta, les parecía que nada debía turbar su felicidad y su armonía. Todo estaba concluido; cuando entró en la habitación el empleado de la rada anunciando que Pedro, patron de una lancha, partiría al día siguiente á las siete de la mañana y tomaría los pasajeros con el poco equipaje que desearan llevar á mano, para conducirlos al hermoso y rápido buque forrado de cobre, *La Esperanza*, anclado en el puerto de Bremen.

Así es que aquella era la última noche que pasaban en el país natal, y á esta idea, los más fuertes se sintieron conmovidos, y algunos se estrecharon las manos en silencio.

—¿Cuál será nuestra emoción—dijo el pastor

Hehrmann, que observó aquel movimiento—cuál será nuestra emoción cuando venimos desaparecer la última lina de tierra á lo lejos, y cuando no veamos por todas partes más que las olas del Océano, y hayamos dejado, quizá para siempre, nuestra patria? Hemos tomado una grave resolución, y cada uno de nosotros debe comprender cuánto nos importa fortalecer nuestra alma y nuestro corazón. Vamos juntos á arrostrar los peligros; juntos debemos obrar. Que no nos una tan sólo el interés; amémonos y vivamos como hermanos.

Era el pastor Hehrmann un hombre digno y honrado, que hablaba según le dictaba su pensamiento, lo que le captaba el respeto de cuantos le conocían. Después de un momento de silencio, el viejo Siebert recordó á los emigrantes que debían pensar en su próxima partida, y que tendrían aún que tomar algunas disposiciones y hacer diferentes compras. Á este aviso todo el mundo se puso en movimiento, olvidándose la emoción y haciendo que la materia recobrase sus derechos. Dos grandes botes conducían á la mañana siguiente á los pasajeros y al comité hacia el buque á que iban á confiar su fortuna y su vida.

La sociedad que estaba reunida en los dos botes era completamente heterogénea; allí se hallaban mezclados hombres y mujeres, niños y niñas. Un ligero viento agitaba las olas y balanceaba la embarcación. Varios pasajeros se sintieron indispuestos, y se preguntaron si iban á tener ya el mareo; pero llegaron, sin embargo, al navío sin ningún accidente y se apresuraron á subir á él; desde este momento comenzaba una nueva vida para ellos.

Poco tiempo les quedaba para entregarse á sus reflexiones, pues el sol se inclinaba al horizonte, y cada cual debía tomar sus disposiciones para la noche, cosa que no era muy fácil en el estrecho espacio que se les había concedido. Un albañil, que emigraba con su mujer y tres niños, preguntó al piloto con lastimera voz si todos tenían que descender por el agujero que le mostraban. Si debían amontonarse todos en un espacio de algunos pies de ancho y unos once de largo, donde además tenían que colocar sus cajas, cofres y maletas; los lechos, colocados en dos lados, llenaban por completo el departamento, y para la mayor parte de los viajeros era un problema insoluble saber cómo instalaría el capitán todo el cargamento viviente si no contaba con otros cuartos.

La voz del cocinero vino á interrumpirles en sus reflexiones, anunciándoles que había llegado la hora de preparar su comida, y que podían hacerlo en una pequeña cocina pintada de verde y fija sobre el puente por dos cables y varios ganchos de hierro. Ninguno deseaba otra cosa que prepararse el té, pero sus

utensilios estaban todavía empaquetados en los cofres.

Aquella noche decidieron la mayor parte de los pasajeros pasarse sin té; un curtidor, que viajaba con su numerosa familia, dijo tranquilamente:

—Cuando se va á América, es preciso saber ayudarse á sí mismo. Y cogiendo un gran cubo de agua



Los grandes botes conducían á la mañana siguiente á los pasajeros.

de la provision del buque, hizo que el cocinero le diese té para él y los suyos.

—Este té—dijo su mujer—va á estar muy fuerte para los niños, échale un poco de agua,

—No tengo agua caliente—respondió el marido, que no se asustaba de tomar té demasiado fuerte.

—¡Bien! toma agua fría, áun hierve ésta.

El curtidor obedeció suspirando, y pidió agua á

uno de la tripulacion, que acababa de sacar un cubo, y que se la dió del modo más amistoso del mundo.

Despues de llevarse á los labios la bebida para asegurarse de que no estaba demasiado caliente, dió la madre una cucharada á su hijo pequeño; pero no bien la tomó, lanzó un grito angustioso, pateó y retorció las manos. Sobrecogida de mortal espanto, tomó aquella un gran sorbo, y se apresuró á arrojar-

lo, pues el té estaba hecho con agua salada. Felizmente el cocinero tenía aún más té á su disposición, y le dió una nueva cantidad.

Entre unas y otras cosas, llegó la hora de preparar los lechos, y los pasajeros descendieron al camarote con objeto de conseguir un sitio para toda la travesía. Este departamento ofrecía á la vista el más espantoso desorden: cajas con sombreros, cofres, paraguas, colchones, mantas, utensilios de cocina, estaban allí confundidos en un montón. Parecía aquello la representación grosera del caos.

Afortunadamente el mar estaba tranquilo, y no había que temer ni á los balances ni al cabeceo. Pero cuando al día siguiente penetró el primer rayo de sol en el entrepuente, pudieron comprender por primera vez, los allí amontonados, los horrores de un viaje por mar.

Los marineros, que tan pronto entraban por las recotillas como bajaban de las nubes, turbaron muy pronto el reposo y unión que todavía reinaba en el departamento, pues algunos habían pasado la noche en una situación muy peligrosa y temían moverse al ver á la luz del sol el riesgo á que habían estado expuestos. Sin embargo, era preciso dejar sitio, por lo que la mayor parte de ellos subieron al puente, abandonando su equipaje á los marineros, que le sujetaban con cables para evitar que fuese arrojado de un lado á otro en caso de mal tiempo.

Los miembros del comité iban instalados en la cámara con bastante comodidad, excepto el pastor Hehrmann, que había dicho:

—Todos somos iguales, por lo tanto no debemos tener más privilegios que los pobres. Y habia escogido para él y su familia el sitio del entrepuente más azotado por el aire.

Aquel día organizóse todo, asignando á cada cual la cama que debía ocupar, y repartiendo carne salada para el día y manteca para la semana. En seguida pronunció Hehrmann una corta oración, y después de cenar fueron á acostarse la mayor parte de los viajeros, fatigados de las ocupaciones del día.

Por la mañana levantóse un viento ligero, pero lo bastante fuerte para que el capitán determinase partir. Levóse el ancla, y el buque vogó lentamente hacia la desembocadura del río. Al llegar á este punto, cayó la brisa repentinamente y las velas pendían inmóviles sobre los mástiles; pero á eso de las diez, cuando se hallaban reunidos casi todos los pasajeros sobre el puente, aparecieron hacia el Sudoeste unas nubecillas negras, que se extendieron con gran rapidez por la bóveda celeste; entónces comenzó á soplar el viento, hinchando las velas é inclinando el buque sobre la banda.

Gran número de pasajeros, cuya mayor parte se componía de mujeres, invadieron el entrepuente dando muestras de terror, llamando al capitán y diciendo que el barco iba á zozobrar. El piloto y los marineros trataban inútilmente de tranquilizarlos, pero la pobre gente respondía:

—¡No! Fácilmente se ve cómo se inclina el buque, y que debe zozobrar con seguridad.

Esta idea aumentaba su espanto, y como no podían

mantenerse en pié, se agarraban fuertemente á los toneles que había en el puente, gimiendo y lamentándose. Pero pronto vino á sacarlos de su contemplación de las olas y de la tempestad un poder mayor que el del piloto y el del capitán: el del mar. Levantadas por el viento, crecían las olas cada vez más, y el buque se elevaba y se hundía al par que ellas, y cuanto mayor era su elevación tanto más débil iba siendo el valor de los emigrantes. Con el rostro más blanco que la cera, permanecían sobre el puente sin ocuparse ya de las olas de espuma que los inundaban.

El pastor Hehrmann y un médico jóven llamado Werner, eran los únicos que no sufrían ese angustioso mal. La cámara ocupada por el comité ofrecía también un triste espectáculo. Monsieur Herbold, que era de los más fuertes, estaba pálido é indisputo; los demás eran mucho más sufridos; el mayor de los Siebert no se atrevía á sacar la cabeza fuera de la cama, M. Becher se creía poco ménos que muerto, y M. de Schwanthal aseguraba que sólo existía por su catárrago.

Por fortuna no fué de larga duración aquel tempestuoso tiempo, y al día siguiente cayó el viento poco á poco y fueron debilitándose las olas; pero el buque continuó con tan bruscos movimientos, que pocos enfermos se restablecieron por completo. Entónces hubieran querido tener todos arenques ó cosa semejante, pues al recobrar un poco el apetito no podían resolverse los enfermos á comer galletas duras y carne salada. Felizmente había llevado el pastor consigo, y para su uso particular, un barrilito de arenques, cuyo contenido se repartió generosamente entre los que lo necesitaban.

El viento soplaba de una manera regular, y todo pronuncia una feliz navegación. Á los cuatro días de su salida pasaron á la vista de Calais y de Douvres, después doblaron la isla Wight, y dos días más tarde se hallaron en el océano Atlántico.

Pero no bien habían salido del mar, cuando los habitantes del entrepuente, disgustados con su nueva situación, tenían frecuentes disputas unos con otros, irritándose á medida que avanzaba el tiempo. Hehrmann hacía vanos esfuerzos por restablecer la paz; siempre estallaban nuevas colisiones. En esta situación, el comité creyó debía intervenir. Un carpintero que había viajado por Rusia, Polonia, Dinamarca, Suecia y Alemania, y que cien veces había hablado á su paciente auditorio de sus viajes, insultó á un grueso cervocero, que para vengar la ofensa le tiró de espaldas de un puñetazo. Las mujeres se pasaron de parte del carpintero, que yacía inmóvil en el suelo, armándose un tumulto y alboroto jamás oído á bordo de *La Esperanza*. El comité se dirigió al entrepuente, resuelto á poner fin á tan dolorable escena con rigurosas medidas.

Monsieur de Schwanthal, que era un hombre bueno y simpático, pero poco hábil, dijo que terminaría el asunto por medio de una arenga, y á pesar de la oposición de M. Becher, obtuvo el asentimiento del comité. Aproximóse á la estrecha escalera que conducía al camarote, bajó algunos escalones, y creyen-

de ver bastante bien el interior, dijo con voz melosa: «Señoras...» Hubiera debido decir señoras. No bien había acabado de decir aquella palabra, deslízale el pié, y rodó precipitadamente hasta la alborotada sociedad.

—Buenos días, señor de Schwantial—dijo tranquilamente el cerviceto, que preparaba su pipa sin alterarse á pesar de la batahola que estallaba á su alrededor.

—Pero, mis buenos amigos....—repuso M. de Schwantial levantándose.

—Quiso continuar su discurso, pero le interrumpió una carcajada y volvió á subir al puente humillado por el fracaso.

Mas, por otra parte, consiguió su objeto, pues la risa que produjo á los pasajeros la caída de su representante restableció la calma por unos momentos. Pero todos los días se suscitaban nuevas discusiones, que concluían por atacar á los miembros de la junta, que, según decían, padían haberlos colocado en el entropente como á otros, yendo como iban á América, país de la igualdad. Los alsacianos sostenían enérgicamente esta opinión, y hablaban sin reserva de este asunto, declarando que no se dejarían dirigir como hasta allí por aquellos buenos señores, á quienes dirían claramente cuanto pensaban en ocasión oportuna. Al lado de estos adustos aldeanos contrastaban por sus hábitos regulares y por su tranquilidad unos doces corpulentos oldemburgueses. Nunca se inquietaban, subían tres veces al día al puente para recibir su alimento, y bajaban después al camarote y se sentaban sobre sus camas.

Con gran molestia de sus compañeros de viaje dejaban sus enormes zuecos á la entrada del cuarto ántes de meterse en la cama, y como el sitio era muy estrecho, varias veces habían tropezado en aquellos pesados zapatos; pero á cuantas observaciones y amenazas se les hacían, los oldemburgueses contestaban que en América todos los hombres eran iguales y que nadie les podía impedir el colocar sus zuecos donde lo tuvieran por conveniente.

Todas las mujeres sufrían mucho con los frecuentes altercados, pero más que ninguna la mujer é hijos del pastor Hehrmann, que pasaban el día sobre el puente con objeto de escapar de aquella batahola, y se apesadumbraban al tener que bajar por la noche á su albergue. El capitán les había ofrecido amistosamente, reiteradas veces, un lugar en la cámara, que no quisieron aceptar el pastor, pues temía, con justicia, aumentar el descontento de sus compatriotas, que ya hablaban muy mal de la junta.

Sus dos hijas, de diez y siete años una y diez y nueve la otra, eran de las más encantadoras personas que habían atravesado el mar para buscar en compañía de sus padres una nueva patria en extraña tierra. Eran vivarachas, esbeltas, y al ver sus negros cabellos y sus brillantes ojos del mismo color, no se las creía hijas del Norte. Ocupábanse con cariño y dulzura de su débil y achacosa madre, haciendo todo lo posible por procurarle algún alivio.

La Esperanza había recorrido algunos cientos de millas sobre el Océano, cuando una mañana cesó de

repente el viento, y el mar tomó el aspecto de un espejo; el buque estaba casi inmóvil, y el sol brillaba en un cielo sin nubes. Era uno de esos hermosos días en que los que han sufrido por la navegación recobran sus fuerzas, los que han hecho penosas reflexiones olvidan que están lejos de todo auxilio humano flotando sobre un abismo sin fondo. Los viajeros pasaron el día cantando y burlando, y era cerca de media noche cuando bajaron los últimos á sus camarotes. Entónces salió silenciosamente y con precaucion de lo profundo de este retiro un ser, cuya cara no podía verse, llevando en las manos un objeto extraño que arrojó á las olas por encima de la borda, después de lo cual volvió al camarote.

Dos marineros que se hallaban cerca del bauprés, y que fueron festigos de esta escena, trataron de distinguir lo que acababa de ser arrojado al agua; pero la noche era muy oscura y se volvieron tranquilamente á su puesto para continuar su conversacion, cuando el mismo bulto apareció por segunda vez y el mar recibió un nuevo bulto.

—Juan—dijo uno de los marineros á su camarada—¿qué significa esto? ¿no veremos qué arrojan al mar?

—¿Que nos importa?—respondió el otro;—viene eso del entropente y no nos incumba. Me parece, sin embargo, que veo brillar algo sobre el agua.

—En efecto—repuso su camarada—esto despierta mi curiosidad.

Ambos se acercaron al filarete. En el mismo instante el misterioso individuo apareció otra vez. Al ver á los dos marineros dudó un momento; pero sobreponiéndose, dió algunos pasos y dejó ver á los absortos marineros varios pares de zuecos que arrojó al agua como los anteriores.

—Se acabó—dijo—ya estamos libres de ellos; pero en nombre del cielo—añadió dirigiéndose á los dos festigos de su expedicion, sed discretos; si los oldemburgueses supiesen que los habia quitado su calzado, me aporrearían. Sin embargo, no podia resignarme á dejar en nuestro camarote mas tiempo esos horribles zuecos, con los que he tropezado más de una vez; pero vuelvo á suplicaros el silencio.

Los marineros prometieron no descubrir su secreto y el ladron volvióse tranquilamente á su lecho. Era el tal un sastrecillo de la Alemania del Sur, que profesaba un odio instintivo contra las razas de las llanuras alemanas.

¿Cómo describir la escena que hubo al día siguiente, cuando los oldemburgueses se pusieron á buscar inútilmente sus zuecos? ¿Cómo enumerar los gritos é injurias que partían de un lado, mientras que en el otro reinaba la alegría? Los desgraciados oldemburgueses, después de registrar por todas partes, recurrieron al capitán y le rogaron echase un bote al agua para recuperar lo que les habian quitado. El capitán, que apenas podía contener la risa, les hizo observar que el tiempo estaba inseguro, que de pronto podía levantarse viento y que no se atrevía á exponer una chalupa á la tempestad que pudiera estallar.

—Pero, capitán—replicó uno de los aldeanos—¿de dónde ha de venir el viento, si el cielo está tan azul?

—¿No veis allá abajo, hácia el Oeste, una nube negra?

—No.

—¡Bueno! pues yo la veo. Verdad es que no po-

deis distinguir el cielo del Océano; pero me inquieta esa nube y por todos los zuecos de la tierra no expondré á un bote.

Dichas estas palabras se alejó, y los oldenburgue-



Echóse al mar.

ses se dirigieron entónces á la junta para entrar en posesion de su calzado. Monsieur Becher respondió, encogiéndose de hombros, que el poder de la junta no se extendia á las olas, y aconsejó á los aldeanos que se resignasen, ó que ellos mismos fueran á buscar lo que se les habia perdido.

Como el mar estaba tan tranquilo, quiso uno de ellos arrojarle á nado, mientras que los otros maldecian al ladrón y se decian qué castigo habrian de darle si logran descubrirlo. De repente partió un grito desde lo alto de la cofa: «¡Un tiburón, un tiburón!»

El jóven Werner, á quien agradaba sentarse en tan elevado sitio, era el que habia dado la voz. Todas las miradas se volvieron á él para saber en qué direccion aparecia el monstruo marino, y siguiendo la indicacion de su dedo no tardaron los pasajeros en percibirlo. Se dirigia hácia el buque aproximándose á los zuecos que por todas partes flotaban.

—Tengo curiosidad por saber—dijo uno de los aldeanos—si encuentra placer en engullir trozos de madera.

En el mismo instante se vió satisfecho su deseo,

pues el tiburón dió vueltas al rededor de un par de zuecos, y se creyó que se los iba á tragar, cuando de súbito resonó un terrible grito, que sólo una madre angustiada puede proferir, y un cuerpo pesado cayó al mar.

— ¡Mi hijo, mi hijo! — exclamó la madre trastornada, queriendo arrojarse al socorro de su pobre hijo, que luchaba en la superficie del agua, siendo detenida por los que la rodeaban, que hacían esfuerzos por asustar y alejar al tiburón arrojándole diversos objetos.

— ¡Salvadle, salvadle, en nombre del cielo! — exclamó la hija mayor del pastor.

— Echad la chaltipa — dijo el capitán. Pero los marineros dudaban. Unos segundos más y el pobre niño sería pasto del tiburón, que tan sólo distaba unos diez pasos de él y que parecía olfatear ya su presa. En este momento bajó de la cofa el joven Werner, con la agilidad de uno del oficio, y antes de que nadie pudiera adivinar su proyecto echóse al mar y arrobó al niño de la boca del monstruo. Una entusiasta aclamación partió del buque después de aquel acto tan audaz, y el tiburón, asustado con los gritos y el tumulto, se puso á dar vueltas en torno del valiente nadador.

— Agitad el agua con los brazos y haced el mayor ruido posible — dijeron los marineros.

El capitán arrojó un cable al joven, el que se agarró fuertemente con una mano en tanto que con la otra sostenía el niño, consiguiendo elevarse un poco sobre el agua.

— Procurad rodearos bien y os izarémos á bordo — dijo el capitán.

Trató de seguir el consejo; pero se creyó que iba á ser víctima de su generosidad, pues el tiburón se dirigía de nuevo hacia él. Los marineros empleaban todas sus fuerzas en tirar del cable, aunque todos creían que era ya demasiado tarde; el monstruo se encontraba muy próximo, y ya se volvía sobre el lomo para apoderarse de su presa cuando cayó ante él un pesado trozo de carne. Lo engulló en un abrir y cerrar de ojos; pero esto, lejos de calmar su apetito, sólo sirvió para aumentarlo; se volvió de nuevo boca arriba, hizo un segundo movimiento para apoderarse de Werner, que ya se creía perdido, cuando se vio agitarse convulsivamente la cola, batirse en retirada y sumergirse por último en el agua.

En los primeros momentos ninguno trató de averiguar la causa de aquel inexplicable incidente, pues todo el mundo se ocupaba del pobre Werner, que al verse elevado á bordo del buque sólo tuvo fuerzas para devolver el niño á su madre, cayendo en seguida desmayado.

Todas las mujeres se apresuraron á socorrerlo, y aquella á quien acababa de entregar su ser querido, que ya consideraba perdido, cayó de rodillas y pidió en alta voz al cielo por su bienhechor.

Pronto la atención de los emigrantes se volvió á fijar en el voraz tiburón, que luchaba en la superficie de las olas. En su avidéz, se había tragado, con el pedazo de carne que le había echado el cocinero, el gancho de un harpon, del cual trataba en vano de li-

brarse. Con gran trabajo lo subieron los marineros sobre el buque, donde todavía hizo algunos espantosos movimientos. Tenía catorce piés de longitud. Mientras espiraba bajo los golpes que recibía por todas partes, la mujeres, inclinadas sobre el bravo Werner, espían las menores señales de que volviese á la vida. En aquel buque, como sucede en la mayor parte de los que van cargados de emigrantes, no había médico, pero el capitán poseía una farmacia en pequeño, de la que trajo varios ingredientes para reanimar al valiente joven. Por fin, un suspiro salió de su pecho, las mujeres lanzaron un grito de alegría, la hija mayor del pastor oprimió la mano á su hermana y una lágrima rodó por su semblante.

Werner recuperó el conocimiento, y era un espectáculo conmovedor el ver á la madre del niño salvado echarse de rodillas á sus piés y besarle las manos, por más esfuerzos que él hacía para impedirlo. Los marineros estaban emocionados ante aquella efusión de reconocimiento. Este incidente acalló, al menos por el momento, las colisiones que existían entre los viajeros: los aldeanburgueses hicieron lo posible por olvidar sus zuecos, que las olas se llevaban lejos.

Á media noche levantóse un viento fresco del Sudeste que empujaba con rapidez hacia su destino á *La Esperanza*. Las olas aumentaban por instantes y su blanca espuma salpicaba los costados del buque. Pero como no eran muy altas y los pasajeros comenzaban á acostumbrarse á los movimientos del barco, casi no se oía hablar de mareo, y hasta la misma madame Hehrmann se mantenía firme y pasaba algunos ratos sobre el puente.

CAPÍTULO II.

EN ALTA MAR.

Werner, que se captó una simpatía universal con su generosa acción, unióse estrechamente con la familia del pastor. Prestaba frecuentes servicios á madame Hehrmann y á sus hijas, y siempre estaba discurriendo el medio de procurar alivio y mejora á su situación. Sus esfuerzos eran recompensados con las afectuosas sonrisas que Berta, la mayor de las hijas, le dirigía, miradas que eran para él como el rayo de sol de una nueva vida; allí, á su lado y sobre el Océano, pareciera que había encontrado el asilo que iba á buscar á lejana tierra.

Una noche, cuando la luna, que hasta aquel momento había iluminado la superficie de las olas, desaparecía detrás de las nubes que aumentaban por grados, Werner, sentado junto á sus nuevos amigos y envuelto en su capote, refería al pastor los sucesos de su vida pasada, cómo había perdido á todos los que amaba y cómo había reunido todo lo que constituía su modesta fortuna para marchar á una tierra desconocida, en la esperanza de encontrar una nueva patria, para no ver más la casa de su padre ocupada por gente extraña. Las dos niñas, apoyadas en su padre, escuchaban en silencio la relación, cuando de súbito resonó la voz del capitán que, auxiliado de su bocina, daba con apresuramiento energías órdenes.

El mar engrosaba y mugía; las oscuras olas, surcadas por la luz de las estrellas, rodaban impetuosa-

mente. La voz del capitán era cada vez más rápida, más imperiosa, y los marineros, corriendo con agilidad por las escalas, se apresuraban á cargar las cajas. Apenas acababan de cumplir su peligrosa tarea estalló la tempestad, y el buque, sólo con el fuero, saltó y voló como una flecha sobre las tempestuosas olas.

Los pasajeros se retiraron al entrepuente, excepción hecha de Hehrmann y Werner, que querían gozar del terrible é imponente espectáculo del mar á la hora del huracán. Pronto, sin embargo, una lluvia torrencial les obligó á volver á su alojamiento nocturno, cuya atmósfera pesada y nauseabunda tenían. Las olas azotaban con violencia las maderas del buque; sin embargo, el viento no llevaba soplando el tiempo suficiente para que fuesen destruidas, y *La Esperanza* seguía marchando en línea recta, inclinada solamente sobre un costado, posición mejor y más segura que aquella á la que es preciso resignarse cuando se navega contra el viento. Werner escuchó algún tiempo el ruido de la tempestad, pero acabó por dormirse. Gritos confusos, un rumor estrepitoso un clamoreo general, le despertaron pocos instantes después, y al abrir los ojos encontróse sumergido en una profunda oscuridad. Comprendió solamente, por el malestar que sentía en la cabeza, que habiendo cambiado el buque de posición debía cambiar la que tenía en la causa. Continuado el tumulto, levantóse y reconoció con dolor su causa: entre las dos filas de cañas del entrepuente se elevan, á poca distancia unas de otras, varias vigas, á las que se hallaban amarrados los cofres, las cajas de los viajeros y los diferentes utensilios que necesitaban durante la travesía, y que por esta razón no iban en la cola. Uno de los viajeros, que no comprendía la necesidad de las precauciones tomadas por los marineros, desató, sin hacer caso de las advertencias de sus camaradas, uno de los cables para abrir su cofre con más facilidad.

El sastrecillo, que dormía allí cerca, advirtió el peligro que podía resultar de aquella imprudencia y procuró repararla, pero no consiguió hacer un todo tan sólido como los marineros. Los balances del barco desataron el cofre de la viga á que estaba sujeto, y al caer arrastró tras sí maletas, estuches y por último otras cajas más pesadas. Varios emigrantes quisieron remediar el daño; pero con las continuas oscilaciones del buque apenas podían mantenerse en pie, y como seguían desprendiéndose los equipajes por todas partes, se volvieron á acostar apresuradamente para no ser aplastados por alguna caja.

Uno de ellos, al querer escapar del peligro, se hirió de alguna gravedad, y de todos lados no se oía otra cosa que los lamentos de las mujeres, los gritos de los niños y los suspiros de los enfermos. Reinaba el más espantoso desorden, y en vano se pedía el auxilio de los marineros, pues ninguno podía ocuparse en aquellos momentos de los pobres pasajeros, y aunque alguno hubiera podido hacerlo, se lo hubiese impedido la oscuridad de la noche.

En medio de aquella angustia y agitación general, se oyó de pronto un doloroso grito tan lastimero que

acalló los gemidos de los niños y de los enfermos. Veamos lo que había pasado: entre los emigrantes viajaba una anciana viuda, que iba en compañía de su única hija á reunirse con un hijo suyo que ejercía en New-York el oficio de banquero, y que habiendo tenido suerte, había rogado á su anciana madre fuese á reunirse con él, á cuyo fin le había enviado el dinero necesario para el viaje. Aquella mujer, enferma ya al embarcarse y muy débil á consecuencia del mar, creyó que aquel desorden era producido porque el buque iba á naufragar, y la emoción que experimentó á esta idea aceleró su fin, muriendo repentinamente en los brazos de su hija, que lanzó el desgarrador grito que resonó por todo el entrepuente.

Inútilmente pedía la infeliz misericordia á sus vecinos; ella sola tuvo que custodiar el cadáver de su madre durante horas enteras. El descaído día despertó por fin, y ocho marineros bajaron al entrepuente para poner en orden los cofres que rodaban de una parte á otra á los menudos movimientos del buque. Después quisieron coger el cadáver de la viuda; pero su desesperada hija le estrechó con desesperación, declarando que únicamente la muerte podría separarlas. El pastor Hehrmann aconsejó dulcemente á la pobre hija que cediese á la necesidad; todo fué inútil; sólo le respondió con palabras impetuosas é incoherentes, que hacían temer una nueva desgracia. Vencida por la fútil se rindió al sueño, y entonces se apresuraron á recoger el cuerpo de su madre, envolverlo en una vela y transportarla al puente para arrojarle al mar.

Nuevamente ofreció el capitán un sitio en la cámara á la familia Hehrmann, y esta vez accedió el pastor á esta nueva instalación, pues Mme. Hehrmann estaba medio inerta y no hubiera podido soportar otra noche como la que acababa de pasar tan triste y triste. El pastor, que insistía en permanecer en el entrepuente, comprendía que su mujer y sus hijos, aunque acostumbradas á una existencia muy modesta, no se hallaban en estado de resistir ciertos sufrimientos. Á pesar de los balances del buque y de la violencia de las olas, que á veces le inundaban, el digno pastor, abandonado de todos los pasajeros, de los que ni uno solo estuvo á su lado, pronunció en medio de la tempestad las oraciones de los muertos; después fué llevado el cadáver sobre la borda, y á los pocos instantes desaparecía entre las aguas.

¿Qué hacía la junta encargada de vigilar por la comodidad de los emigrantes en aquella hora de duelo? ¿Dónde se encontraba cuando de todos lados se reclamaba su auxilio, ó al ménos un consuelo? ¡Ah! la pobre junta sufría en la cámara presa del mar. Cuando el capitán les anunció la muerte de la viuda, respondió suspirando M. de Schawenthal: «¡Ah! quién estuviera en el lugar de esa anciana.» Después cayó sobre su cama, en tanto que sus compañeros movían la cabeza.

(Se continuará.)

NUEVA MÁQUINA PARA HACER CIGARROS.

Es indecible las proporciones que de algunos años á esta parte va tomando en Europa el consumo de cigarros procedentes de las fábricas de tabacos del Estado.

Basta, para convencerse de este aserto, considerar lo que está pasando en la república vecina, donde hace diecisiete años se gustaban sólo 9.000.000 de cigarros por año, mientras hoy pasan de 649.000.000, teniendo con este motivo el Estado que adoptar medidas para poder satisfacer las necesidades de los consumidores.

Con este motivo se ha tratado de emplear máquinas para la fabricación de los cigarros; en este número publicamos un grabado que representa una de las citadas máquinas, cuya descripción vamos á hacer.

El movimiento de todas las piezas del aparato se obtiene por medio de ruedas dentadas, unas que figuran discos y otras de forma cilíndrica.

La pieza A es un cilindro dentado y la B una rueda con idéntica propiedad.

Vamos á ver cómo funciona la máquina.

Lo primero que ésta hace es el tubo de papel, que después ha de llenarse de tabaco, para lo cual la máquina misma desarrolla, por medio del pequeño carrete C, el papel que en gran cantidad está arrollado á la bobina D en fajas de 15 milímetros de ancho, y del que toma la cantidad necesaria para un cigarro, ó sean 25 milímetros.

Esta cantidad de papel es en un momento cortada, timbrada (1) y presentada á unas pinzas cilíndricas E que continuamente entran y salen en alguno de los tubos del portamoldes. Las pinzas dan vuelta enrollando el papel y mojado éste, al ser separado del carrete C, uno de sus bordes en goma arábiga, que se halla disuelta en una plancha de caoutchouc endurecido, invisible en el grabado por taparla el carrete C. Tan luego como el papel acaba de enrollarse se mueve dicho borde al otro que le corresponde, y en consecuencia resulta un tubo perfecto, que permanece en el portamoldes mientras las pinzas salen de él en virtud del movimiento del cilindro A, al propio tiempo que el portamoldes dando $\frac{1}{3}$ de vuelta en virtud del movimiento que le comunica el cilindro B, presenta á las pinzas el orificio siguiente, repitiéndose otra vez la anterior operación.

Vamos ahora cómo se llena de tabaco el tubo de papel.

Mientras se hace el sexto tubo, un pequeño pistón G, movido por la rueda cilíndrica E, arroja el primer tubo hacía la extremidad del que le contiene en el portamoldes, cuya forma es la de un embudo. Inmediatamente después, la varilla I, movida por la rueda cilíndrica A, vierte en el tubo de papel la porción de tabaco al efecto preparado en la pieza K, que lleva el nombre de compresor.

Para preparar esta porción de tabaco es para lo que se necesita la acción de la cigarrera, que á este fin le dispone en capas de regular espesor, sobre una correa sin fin que gira movida por una corredera próxima á sus manos, tomando el tabaco de la caja L.

La combinación del movimiento de la correa sin fin con el de un carrete destinado al efecto, es la causa que hace al tabaco entrar continuamente en proporciones iguales en el compresor de que ántes hablamos.

En cuanto se llena un tubo, el portamoldes da $\frac{1}{3}$ de vuelta, colocándose de modo que otra varilla J, movida al mismo tiempo que la I por el cilindro A, puede despedir del molde el cigarro ya concluido.

Los cigarros se van colocando por orden en la caja M, para lo cual una corredera semicircular los lleva después de hechos á una plancheta terminada en ranura, de forma también semicircular, que en virtud de un movimiento vertical levanta los cigarros ya colocados en la caja y pone en el fondo de la misma los últimamente hechos.

Esta máquina puede fabricar en diez horas 9.600 cigarros.

Á pesar de esto, hasta ahora han tenido muy poca aplicación.

EL PALETO Y EL RETRATO.

FÁBULA.

En casa de un retratista
Un paleto vió colgados
Retratos muy bien sacados
Por el pincel del artista.
Después de pasar revista,
Dijo con cierto desden:
— Voy á ver otro almacén,
Pues mi retrato deseo,
Y entre tantos, ni uno veo
Que á mi cara venga bien. —
Llámesle Blas, Gil ó Luis,
El que en naciones vecinas
Las leyes busque y doctrinas
Que han de regir su país,
Es sólo un chisgaravis;
Y mi razón le compara,
Por su pretension tan rara,
Al paleto que, insensato,
Iba buscando un retrato
Acomodado á su cara.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(1) En Francia el papel de cada cigarro lleva un sello.



MÁQUINA PARA HACER CIGARROS.

ESTADÍSTICA

DE LOS ACCIDENTES DE FERRO-CARRILES.

Si se consultan las estadísticas oficiales puede verse que en Francia, en tiempo de las mensajerías, había próximamente un viajero muerto por cada 335.000, un herido por cada 30.000; mientras que de 1.781.404.687 viajeros transportados por los ferro-carriles franceses desde el 7 de Setiembre de 1835 al 31 de Diciembre de 1875, aparecen un muerto por cada 5.178.490 y un herido por 580.450.

Si se dividen los accidentes en dos grupos, correspondiendo á los dos periodos del 7 de Setiembre de 1835 al 31 de Diciembre de 1854, y desde Enero de 1855 al 31 de Diciembre de 1875, las cifras son las siguientes:

Primer periodo (del 7 de Setiembre de 1835 al 31 de Diciembre de 1854), un muerto por 1.355.555 y un herido por 496.555.

Segundo periodo (del 1.º de Enero de 1855 al 31 de Diciembre de 1875), un muerto por 6.171.117 y un herido por 590.185.

Se ve que en el segundo periodo el número de accidentes ha disminuído considerablemente.

En estos últimos años disminuye también la proporción, y los resultados para países como Francia, Inglaterra y Bélgica son particularmente significativos.

En Francia, durante los años 1872, 73, 74 y 75, un muerto por 45.258.270, un herido por 1.024.260.

En Inglaterra, de 1872 á 1875, un muerto por 12 millones de viajeros, un herido por 366.000.

En Bélgica, de 1872 á 1876, un muerto por 20 millones; un herido por 3.500.000.

En resumen, en tiempo de las mensajerías había en Francia aproximadamente una probabilidad de muerte en 300.000 viajes y una de herida en 30.000.

En los ferro-carriles, de 1835 á 1855, una de muerte en 2 millones de viajes y una de herida en 500.000.

En los de 1855 á 1875, una de muerte en 6 millones de viajes y una de herida en un millón.

Continuando estos cálculos, el autor del trabajo en cuestión ha conseguido demostrar que una persona que viajase continuamente en ferro-carriil, durante diez horas diarias, con la velocidad de 50 kilómetros por hora (admitiendo que la longitud media de los viajes sea de 30 kilómetros), habría tenido en los tres periodos indicados las siguientes probabilidades de muerte:

De 1835 á 1855, una en trescientos veintinueve años.

De 1855 á 1875, una en mil cuatrocientos años.

Y de 1872 á 1875, una en siete mil cuatrocientos treinta años.

LOS DIARIOS DE CHINA.

Mister Meyers, secretario de la legación británica de Pekin, acaba de publicar datos muy curiosos acerca de la prensa periódica del país. Los diarios

aparecen en forma de pequeños cuadernos de 10 á 12 hojas de papel delgado y de color oscuro, reunidas por un lomo de papel amarillo. Tienen 19 centímetros de longitud, por un ancho aproximadamente de la mitad. Algunos son autografiados en planchas de cera, pero este procedimiento es muy imperfecto, y la mayor parte de las publicaciones se imprimen como en Europa, con caracteres móviles, pero de madera.

Es regla que todas las peticiones dirigidas al Emperador, único representante de la autoridad, le sean transmitidas por medio de la prensa, publicando luego el diario la respuesta en forma de decreto Imperial. También es regla no hacer nunca alusión en ellos á los extranjeros, ni á sus asuntos ni países. Sin embargo, fué quebrantada por la fuerza de las circunstancias en Hong-Kong, en donde se publica la *Prensa Diaria*, y en Shanghai, en que aparecen las *Novedades*, el *North China Herald*, el *Tinpaoo*, redactado en inglés y en chino; el *Shumpo*, impreso con tipos grabados en el extranjero. En Pekin aparecen 11 diarios, comprendiendo la *Gaceta de Peking*, que es el periódico más antiguo del mundo; empezó manuscrito, desde la primera mitad del siglo XVIII.

ALAMBRES MICROSCÓPICOS.

Todo el mundo conoce el procedimiento de Vollaum para obtener hilos de platino de extremada finura: se cubre de cobre el platino y despues se le estira á la hilera hasta el límite posible; disolviendo entonces el cobre en ácido nítrico, queda aislado el alambre de platino que constituye como el eje del alambre bimetalico. Por ingeniosos perfeccionamientos, Gaiffe ha realizado el mismo efecto en condiciones industriales, y el célebre químico Dumas ha presentado á la Academia de Ciencias de Paris alambres obtenidos por aquél, cuyo diámetro sólo mide 1/47 de milímetro, y que son casi invisibles á simple vista.

RECETA

PARA LA FABRICACION DE TINTA NEGRA.

Hé aquí una fórmula muy buena de tinta negra, que tomamos á Payen:

Hágase macerar, durante treinta y seis horas, en 10 litros de agua de río filtrada: nuez de agalla triturada, 2 kilogramos; madera de campeche, 150 gramos.

Es necesario sostener la temperatura de la mezcla próxima á la ebullición durante dos horas, luego filtrarla en una manga de fieltro y añadir: sulfato de hierro, 1.000 gramos; goma arábiga, 1.000. Hágase disolver aparte en 5 litros de agua por lo ménos. Agítese bien todo y déjese expuesto al aire durante dos ó tres días. Despues aromaticense con 50 ó 60 gotas de aceite esencial de Lavanda y embotélese.

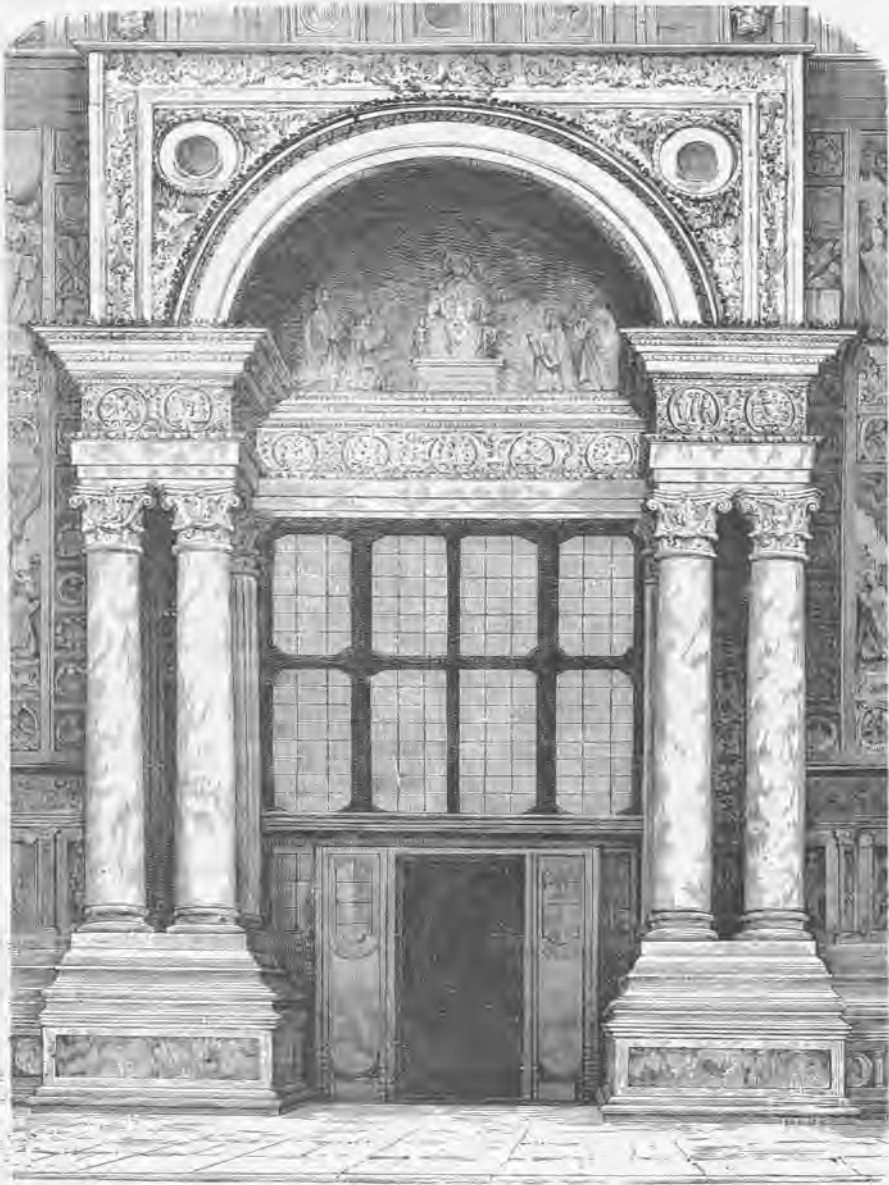
PORTADA DE LA CARTUJA DE PAVÍA.

La orden religiosa de los Cartujos, instituida por San Bruno hácia el fin del siglo xi (1086), dió origen á ciertos edificios que se han designado bajo el nombre genérico de *Cartujas*.

Entre estos edificios uno de los más célebres es el que se alza en la ciudad de Pavía.

Fué puesta su primera piedra en 8 de Setiembre de 1396; vino á quedar terminado en 1542.

Edificio de transición, tiene todos los caracteres propios de este período, en el cual se construían todavía en Italia ciertos monumentos de arquitectura,



PORTADA DE LA CARTUJA DE PAVÍA.

bajo los principios y con las reglas del arte ojival del Norte.

En la fachada de tan notable monasterio, aunque

del Renacimiento, bien se ve que éste se encontraba en su primer período.

Forma un rectángulo con apéndice, tomado en el

sentido horizontal; se compone de un basamento general, sobre el que se alza una zona superior, en la que se abre la puerta de una galería intermedia; de un segundo cuerpo, con su coronamiento, y, en fin, de una galería superior dispuesta en forma de ático, sobre el cual debió colocarse el remate general.

La fachada se halla embellecida por un gran número de esculturas, todas de gran mérito.

CURIOSIDADES UTILES.

MAILLECHOT.—En las artes se emplea el níquel para preparar una aleación que es susceptible de adquirir un bello pulimento y el brillo de plata. Esta aleación, compuesta de 5 partes de cobre, 3 de zinc y 2 de níquel, se conoce en el comercio con los nombres de *maillechot*, *paefong*, *plata alemana* y otros. No puede utilizarse en utensilios de cocina porque se oxida muy fácilmente, produciendo sales venenosas.

Latón, metal amarillo semejante al oro, compuesto de 2 partes de cobre y 1 de zinc. Para trabajarle con la lima es necesario añadirle 2 ó 3 centésimas de plomo ó estaño.

Bronce, compuesto de 9 partes de cobre y 1 de estaño. Sirve para la fabricación de cañones, estatuas, candelabros, etc.

Bronce de campanas, 4 partes de cobre y 1 de estaño.

Bronce de telescopios, 67 partes de cobre y 33 de estaño. Resulta una aleación casi blanca y susceptible de un hermosísimo bruñido, por lo cual se emplea en la fabricación de espejos de telescopio.

Fundición de imprenta, se compone de 4 partes de plomo y 1 de antimonio.

LA NIÑA DE LA TARTANA EN VALENCIA.

Sea de mí confesion
Este boletín prégon:
Soy, hermosa, un forastero
Que te ha visto, y que te quiero
Con todo mi corazón.

Mas ¡ay! que me desatina,
Para esta pasión tirana,
Que tienes, niña divina,
En tus balcones cortina
Y en tu cochera tartana.

Como verte es mi deseo,
Salgo por ver si te veo,
Y ¡adios! me pone en ridículo
Ese maldito vehículo
En que sales á paseo.

¡Ay alma del alma mía!
¡Ay donosa valenciana!
¡Cuánto á mi pasión valdria

Que no tuvieras tartana
Y fueses de infantería!

Cuando adelantarme quiero,
El tartanero se para,
Yo corro y me desespero....
Y encuentro, en vez de tu cara,
La cara del tartanero.

Y aunque el amor que brotó
En mi pecho es de los buenos,
El tartanero ganó.
;Como qué va en piés ajenos,
Corre mucho más que yo!

Se interpone á troche y moche
El maldito carricoche
Entre tu cara y la mía:
Negra curiana de día,
Gusano de luz de noche.

De tus ojos siempre así
Me oculta la pura lumbre;
Ya sé que es costumbre aquí....
Pero.... ¿qué quieres? á mí
No me gusta esa costumbre.

Que pues perdí por mirar
Toda la paz de mi sér,
Nadie me debe quitar
La felicidad de ver
Lo que no puedo tocar.

NARCISO SERRA.

LA ORACION.

El sol tras la montaña
Se esconde melancólico;
Su luz postrera baña
La copa de los árboles,
Donde le dan los pájaros
El postrimer adios.
Y oyendo las campanas
De las iglesias próximas,
Las gentes aldeanas
Dejan su alegre cántico,
Santiguanse y el ánima
Elevan al Señor.

TROEBA.

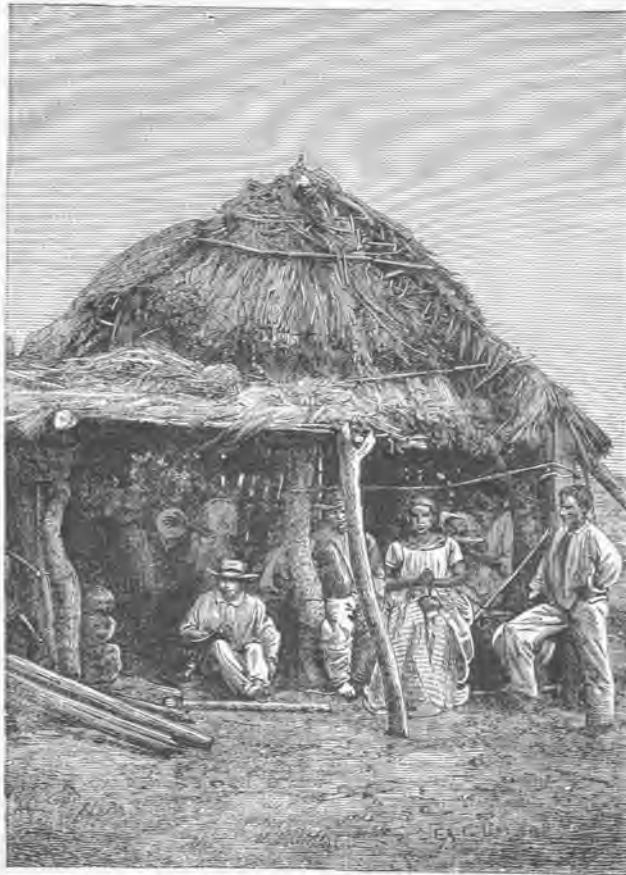
LOS INDIOS DE LA AMÉRICA CENTRAL.

Las repúblicas de Costa-Rica, Nicaragua, Honduras, el Salvador y Guatemala, á las cuales ha de dar nueva vida el rompimiento del istmo de Panamá, son hermosas comarcas, ricamente dotadas por la Naturaleza, que sólo necesitan para tomar vuelo portentoso los beneficios de una emigración bien entendida.

Pero al lado de una población inteligente hay todavía en aquellas regiones, sobre todo en las solitarias cimas de la cordillera del Salvador, una multitud de indios feroces.

Estos indios viven solitarios, pero tienen un grito para reunirse, que en caso necesario, repetido por bosques y montañas, puede juntar en cosa de cinco ó seis horas de 15.000 á 20.000 hombres en Cajutefuque, centro del distrito.

Hace algunos años ésta era la parte de la República del Salvador que más temía el Gobierno; pero las cosas han cambiado despues y la civilizacion no tardará en difundirse por aquellas desoladas regiones.



UN RANCHO DE INDIOS.

El grabado adjunto representa un *rancho* ó habitacion de estos pueblos indios en el momento en que preparan las viandas de aquel país.

HISTÓRICO.

Cuéntase de cierto alcalde que, recorriendo de *incógnito* las calles del pueblo en busca de un criminal, fué detenido por un honrado vecino, que le saludó diciendo:

—¿Á dónde va tan embozado el señor alcalde?

—Calle usted, que voy de *inepto*—contestó el interpelado, huyendo á galope del indiscreto.

El mismo alcalde, alabando la compañía de ópera, exclamaba con filarmónico entusiasmo:

—¡Y qué me dicen ustedes de la voz del *tuquí-grafo!*

En otra ocasion decia, enumerando las mejoras debidas á su autoridad:

—He puesto en la alameda ocho *bancos agrícolas* para las señoras más horizontales.

DIALOGO.

Hace pocos dias se encontraron en la calle del Principe dos antiguos amigos, hombre muy mori-

gerado el primero y conspirador el segundo hasta las cachas.

—¿Cómo te va?—preguntó tranquilamente el pacífico.

—Mal, muy mal—respondió bramando el anarquista.—Yo no seré feliz hasta que consiga mi deseo de salir haciendo fuego por las calles.

—Pues hombre, si no es más que eso bien fácil es que lo consigas.

—¿De veras?

—Es claro; si tu deseo es hacer fuego por las calles, no tienes más que meterte á castaño.

MAXIMAS FILOSÓFICO-MORALES.

A los veinte años comienza el placer; á los treinta, el pesar; á los cuarenta, el hastío; á los cincuenta, la muerte.

El que muere á los veinte años, no ha vivido; á los treinta, no ha llorado; á los cuarenta, ya ha sufrido mucho; á los cincuenta, ha tenido diez años de alegría.

Los sabios y los estúpidos se excluyen de estas consideraciones, porque ellos viven toda la vida.

MANOLO DE PRINCIPIO DEL SIGLO

JUGANDO Á LA PRISCA.

En este número publicamos el dibujo, copia exacta del cuadro original de Ortega, el celebrado caricaturista.

Las condiciones artísticas que reúne esta obra nos hacen esperar que nuestros suscritores la verán con gusto reproducida en nuestro periódico.

LA ÚLTIMA CAGERÍA.

Un día al salir á cazar me llevé un volumen inglés traducido del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la hierba áun empapada del rocío en la lina del bosque. He cuando en cuando le distinguía por entre las matas, enderezando las orejas, sacudiendo sus cuernos, aspirando la brisa, calentando al sol naciente su tersa piel, arrancando los tiernos retoños, y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guardabosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurías se mezclaban á menudo con la de mi padre; por lo tanto, nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el brutal instinto del hombre en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningun derecho á unos pobres animales que tendrían sobre él

el mismo de caza y muerte á ser tan insensibles, tan feroces y á ir tan armados en sus diversiones.

El perro había dado con el rastro, me hallaba con la escopeta en la mano y tenía al corzo al extremo del cañon; pero no podía desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en oír de repente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia, en un sér que no me había hecho mal ninguno, que saboreaba la misma luz, el mismo rocío y la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providencia y dotado quizás de una sensibilidad superior á la mia, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afecion que yo, en el bosque, buscando un hermano esperado por su madre, buscado por su compañera y llamado por sus hijos. Pero el instinto maquinal de la costumbre dominó á mi deseo de no matar. El tiro partió, y el corzo cayó atravesado un brazuelo por la bala, haciendo en su dolor vanos esfuerzos para levantarse del suelo, enrojecido con su sangre.

Cuando se hubo disipado el humo del tiro, me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no había aún muerto, y me miraba con la cabeza recostada en la hierba y con los ojos anegados en lágrimas.

No olvidaré nunca aquella mirada, á la que el espanto y el dolor daban una expresion de sentimiento enteramente humano, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen tambien su lenguaje, sobre todo cuando están próximos á cerrarse para siempre.

Aquella mirada me decía claramente con una desgarradora reconvenccion: «¿Quién eres tú? Yo no te conozco; nunca te he ofendido; tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿por qué me has arrebatado la vista del cielo, de la luz, mi parte de aire, de juventud, de felicidad y de vida? ¿Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque, y que no volverán á ver de mí más que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta hierba? ¿No hay allá arriba nadie que veague y que juzgue tu crueldad? Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera, pues mi natural es generoso, áun para mí asesino; en mí no hay más que asombro, dolor y lágrimas.»

Esto decía la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendía como si hubiera oido su voz: «Acábase de una vez», me parecía áun que quería decir al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros. Hubiera querido poderlo curar á cualquier precio; pero volví á tomar la escopeta, y cerrando los ojos di fin á su agonía con el segundo tiro.

Arrojé entónces la escopeta lejos de mí, y confieso que me eché á llorar. Mi perro parecía también enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver, se echó tristemente á mi lado; los tres quedamos en un profundo silencio como en el duelo de la muerte.



MANOLOS DEL PRINCIPIO DEL SIGLO, JUGANDO Á LA BRISCA.
(CUADRO DE ORTEGO.)

Era el mediodía, y esperé que el viejo pastor que conducía los carneros al establo durante las horas de calor, volviese por la linde del bosque, para encargarme que llevase el corzo á la casa. Mientras tanto, saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura. ¡Vano esfuerzo! Lo abrí por una página en donde se leían las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indus, infiltrada en sus dogmas de caridad universal.

Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre á todo lo que está dotado de vida y de sensación, se apercibe en ellos la caridad del mismo Dios, por su creación animada ó inanimada.

El poeta refiere la ascension al cielo de un héroe, pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo más pesado, más escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que más le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin compasion de sus infortunios, se vuelven atras y encumben á sus piés en los picos de hielo y nieve de la subida. Parientes, amigos, y hasta su misma esposa, se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio. Sólo su perro, más fiel y más inseparable de él que el amor y la amistad, sigue jadeando las huellas de su amo para recorrer á su lado ó para triunfar con él.

El héroe llega al fin á las puertas del cielo, que se abren para él, pero se cierran para el animal. Entonces el hombre, penetrado de una justicia sublime y de una abnegacion que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansion de la felicidad divina, si no se concede la misma gracia al perro, compañero en sus fatigas y merecimientos.

Los dioses, enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada al animal con el hombre, y las puertas vuelven á cerrarse tras de ellos. He anotado este fragmento de caridad universal, y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar aún más que en la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina que prohíbe á los hombres, no tan sólo matar á los animales sin una absoluta necesidad, sino aún despreciarlos; porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra, y debemos responder de ellos ante nuestro Padre comun; porque les somos superiores en inteligencia y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos.

Admiro y adoro esa confraternidad universal entre todos los seres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente, y entre todo lo que ama aquí abajo, segun la medida de su inteligencia y de su posición respectiva. Concluyo, pues, que el poeta indio era el verdadero sabio, y yo el bárbaro é ignorante, en medio de una civilizacion que tan atrasada se encuentra en el camino del amor, ó más bien, que no ha llegado aún á emprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un día á su término.

Renuncié para siempre al placer brutal de la caza; al despotismo cruel del hombre, en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho, á unos seres á quien no puede volvérsela. Juré no quitar jamas, por sólo un capricho, ni una hora de sol á esos pobres habitantes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz y el instinto más ó menos vago de su existencia.

«Pertenece á Dios -dije:— Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida, á cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilizacion nos consiente hacer impunemente autorizándola las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.»

Desde aquel día no he vuelto á cazar; el libro comentando tan patéticamente la Naturaleza, me convenció de mi crimen. La India me reveló la caridad en el corazón humano, hasta en su más lata extension.

A. DE LAMARTINE.

VIAJE POR MAR.

CANCION POPULAR DE DINAMARCA DE LA EDAD MEDIA.

Pedro se peina y riza el cabello, va á casa de su nodriza y le pregunta de qué muerte debe morir.

—No morirás enfermo en tu cama; tampoco morirás en medio de la batalla, pero guárdate de las olas del mar y cuida que no te quiten la vida.

—Ya que no moriré ni en mi cama ni en la batalla, nada me importan las olas azules.

Pedro se va á la orilla del mar y manda que lo construyan un barco sobre la misma arena azul.

Le hacen el barco y todos sus palos con huesos de ballena, y el pabellon de encima es de oro brillante.

—Bebamos hoy, que aún tenemos cervizas; mañana iremos por los mares en busca de botín.

El capitán y el piloto con su barco dejan la tierra y se olvidan de Dios Padre, de Dios Hijo y del Espíritu Santo.

Navegan largos días; navegan un año por el mar impetuoso, y cuando ya llegan al sitio más profundo, los árboles de la nave se rompen.

Pedro coge sus dados y los echa sobre la mesa.

—Dejemos que la suerte nos diga cuál es el más pecador de todos.

Y la primera vez que los dados ruedan sobre la mesa, la suerte cae sobre Pedro, el hijo del rey.

Y la segunda vez que los dados ruedan sobre la mesa, la suerte cae sobre Pedro, el hijo del rey. Y lo mismo la tercera vez.

—Puesto que estamos tan lejos de la tierra, y que aquí no hay ningún sacerdote, pongámonos de rodillas al pié de los árboles del barco y confesémonos.

Pedro, de rodillas, va á confesarse, lo cual le es muy costoso.

—He robado las iglesias, he quemado los con-



EL CERRILLO DE SAN BLAS CON SOL DE INVIERNO.

ventos, he deshonrado á muchas jóvenes inocentes.

»He vagado por los mares matando y robando, y algunos hombres de bien han muerto á mis manos.

»Si Dios me ayuda hasta llegar á tierra, le levantaré una iglesia sobre la blanca arena.

»Si Dios me ayuda á volver á mi casa, le levantaré una iglesia que cubriré toda de plomo.

»Si alguno de vosotros llega á tierra, cuando mi nodriza pregunte dónde estoy, decidle que sirvo en casa del rey y que soy hombre honrado.

ANTAÑO.



Así á las diez de la noche andaba en Madrid la gente por la plazuela de Oriente.

»Si alguno de vosotros llega á tierra, cuando mi amada pregunte dónde estoy, decidla que estoy en las olas azules, y rogadla que no me olvide.»

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, arreció la tempestad y la nave se hundió en el abismo.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Y VILLEGAS.

Don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de Santiago, secretario de S. M. y señor que fué de la Torre de Juan Abad, es tan conocido en el orbe literario, que no es menester más que nombrarle para oír sus alabanzas; por lo mismo omitiremos cuanto se pudiese decir en su loor y nos ceñiremos á dar una breve noticia de su vida.

Nació este ilustre y sapientísimo escritor en la villa de Madrid el año 1580; fueron sus padres don Pedro Gomez de Quevedo y doña Maria de Santibañez, personas en quienes concurrieron las circunstancias de calidad y nobleza. Desde niño manifestó

Quevedo una gran viveza y solidez de ingenio, con el cual pasó felizmente los cursos en la Universidad de Alcalá y aprendió con perfeccion las lenguas griega, italiana, hebrea, francesa y árabe.

De resultas de un impensado lance, á que se siguió

OGAÑO.



Así andamos en el día,
y aún quien murmure no falta
del gas y la policía.

una desgracia, pasó á Italia, donde tuvo mucha mano en el gobierno de Nápoles y Sicilia, siendo virey el célebre D. Pedro de Giron, duque de Osuna, y su gran favorecedor; por aquel tiempo hizo (exponiendo su vida á manifiestos peligros) importantes servicios á la Corona, los cuales fueron premiados por Felipe IV, manifestando á la vez la estimación que hacía de la persona del poeta, con el hábito de Santiago y el título de Secretario.

Estuvo casado con doña Esperanza de Aragon, hermana de D. Bernardo de Cabra, obispo de Bar-

bastro, y á la cual perdió en breve sin que le dejase sucesión.

Tuvo, además de otras virtudes, una suma igualdad de ánimo, con la que supo conllevar todos sus trabajos, peligros, enfermedades, pérdidas de hacienda y prolijas prisiones, que padeció, primero con el motivo de las borrascas del Duque de Osuna, y después por algunos escritos que aparecieron contra el gobierno del Conde-Duque de Olivares, y le fueron achacados; estos disgustos, y la penosa prisión que sufrió en Leon, contribuyeron á acortar

los días de su vida hasta el punto de que, habiéndose retirado á la Torre de Juan Abad, se le agravaron tanto sus achaques que le precisaron á pasar á Villanueva de los Infantes, para que le acudiesen con los remedios más prontamente, muriendo en este último punto el día 8 de Setiembre de 1645.

Las muchas obras que dejó escritas este insigne escritor, son la admiración de todos los sabios, pudiendo dividirse, según opinan sus críticos y bibliógrafos, en cuatro clases: la primera, formada por las político-sagradas é históricas, tal es la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, entre otras que por sí



DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

sólo bastan á darle renombre: la segunda, por las político-profanas y morales, como *La Fortuna con seso* y *La Cuna y la sepultura*; la tercera, por las jocosas ó satíricas, según son ejemplo la *Vida del Buscón*, *El Gran Tacaño*, los *Sueños*, etc., y la cuarta, por las poesías, en que la inagotable musa de Quevedo vertió á torrentes las sales de su ingenio.

FABULA.

Murió de pulmonía don Mariano,
Por ir á la oficina muy temprano.
¡ Empleados de Guerra y de Marina,
Id tarde á la oficina!

LAS MINAS DE DIAMANTES

DEL ÁFRICA AUSTRAL.

Existe en el África austral una región geográfica cuya forma particular merece que fijemos en ella nuestra atención.

Está limitada al Este por la cordillera del Drakemberg, cuyas cimas más altas alcanzan 3.000 metros, y al Sur por la ménos elevada del Stomburg; separada al Norte del Zambese y al Oeste del gran desierto de Kalahari por simples colinas.

Considerada en conjunto, su forma es oval. Como se ve, dicha región no está limitada en modo alguno por el mar; las aguas que recibe son recogidas por dos ríos: el Orange, que desemboca en el Atlántico, y el Limpopo, que lo efectúa en el Océano Índico.

Bajo el punto de vista político, dicha región comprende, al Sur, tres condados de la colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza, el Estado libre de Orange y la provincia de Griqualand, rica en terrenos diamantíferos, anexionada á la Gran Bretaña. Al Norte, el Transvaal, que ántes era un Estado libre, fundado por los emigrados holandeses, lo mismo que el de Orange, pero que pertenece en la actualidad al gobierno inglés.

El aspecto general del país es muy triste y su vegetación bastante pobre.

Los colonos de origen europeo se hallan establecidos en granjas de gran superficie, de 2.000 á 20.000 fanegas, en las que se dedican á la cría de ganado.

Se puede calcular la población en 400.000 habitantes, de los que una tercera parte son de raza blanca; los indígenas no son malos y manifiestan cierta aptitud para la civilización.

El poco conocida la geología de esta comarca.

El carbon de piedra se presenta en muy pocos lugares y es de mala calidad.

Los minerales de hierro y cobre son abundantes y ricos.

Se encuentra también oro.

Hace diez y siete años próximamente tuvo lugar un descubrimiento inesperado en esta región, en la que hasta entonces no habían pensado los colonos más que en la cría de bueyes y carneros.

Se encontraron, cerca de la confluencia del Orange y del Vaal, minas de diamante de una riqueza fabulosa.

Cuarenta años que un pastor, despues de haber cubierto de lodo su cabaña para tapar los agujeros, notó que una vez desecado dicho lodo brillaba con los rayos solares; otros dicen que en una piedra que servía de juguete á los hijos de un granjero hubo de reconocerse un diamante de un volúmen maravilloso.

Como quiera que se efectuase el descubrimiento del diamante, es lo cierto que los deseosos de fortuna rápida acudieron por millares.

Los mineros se dedicaron desde luego á explotar las arenas de los ríos; encontraban diamantes mez-

clados con piedras de toda clase, ágatas, granates, granitos y feldespatos. Poco más adelante se observó que á alguna distancia de los ríos existían asimismo filones mucho más ricos.

En ciertos lugares, el terreno esquisto forma eminencias de cerca de 30 metros de elevación, contados sobre la llanura; en el centro de cada una de estas eminencias hay una especie de hoyo llano de detritus de naturaleza muy variada, en medio de los cuales se hallan dispersados los diamantes; es de notar que dichos hoyos tienen á veces dimensiones considerables; el de *New-Ruch*, que supera á todas en riqueza, mide 200 metros de ancho por 300 de largo.

En su interior elige cada minero su *claim*, cuadrado de 10 metros de lado. Cuando la mina tiene una superficie de consideración, como la que representa nuestro grabado, se abren calles entre dos líneas de *claims*, con objeto de que puedan circular los carros. El minero establece al borde de la calle una especie de plataforma, que construye con vigas y tablas, provista de barandillas y de una cábría; en seguida empieza á escurbar el terreno; las tierras son arrojadas á la plataforma, primero con la paleta, luego con un saco y una cuerda, y á medida que aumenta la profundidad se trasportan en carretillas ó carros al sitio destinado para escogerlas. Cada uno cava á su modo sin ocuparse para nada del vecino; así es que los hundimientos son frecuentes.

La tierra diamantífera es pisada de un modo grosero; se la pasa por un tamiz para repasar las piedras, y por último, se extiende sobre tablas para verificar la elección á mano.

La explotación no puede ser más sencilla; el brillante más pequeño, aun en el estado bruto, arroja un brillo tal, que es lo suficiente para que en seguida le distinga un minero hábil y ejercitado; pero los que son negligentes pierden muchos, tantos, que hay personas exclusivamente dedicadas á repasar las arenas escogidas, ganándose fácilmente la vida de este modo.

Los minerales de que están llenos los hoyos son tan varios, difieren tanto de la roca esquística que constituye sus paredes, que obliga á creer que estas arenas son procedentes del exterior.

Pero ¿de dónde proceden y en virtud de qué fenómeno se han acumulado en su interior?

Los geólogos admiten que el hoyo no es más que el cráter de un volcan extinguido, y que las arenas que le llenan se han introducido de abajo á arriba, y los minerales así confundidos en la masa serian los restos de todas las capas inferiores. Queda aún por explicar la presencia de los diamantes.

Se ha propuesto la explicación siguiente, que es bastante ingeniosa: ántes de haberse extinguido el volcan completamente y su cráter ya cerrado, pudo tener lugar una emisión de vapores de ácido carbónico que, perdiendo su oxígeno, depositara carbono en el estado cristalizado.

Consignamos esta hipótesis por lo que pueda tener de verdadera; el único hecho cierto es que estas minas del África austral se han presentado con una



MINAS DE DIAMANTE DEL ÁFRICA AUSTRAL.

riqueza excesiva. Cinco años después de la primera noticia de tan afortunado descubrimiento había en la citada región, hasta entonces casi desierta, unos 20.000 habitantes, y sacaban de sus minas 50.000.000 de francos anuales en diamantes.

Nuestro grabado, que representa el *ruña* de *Colesberg-Kopje*, demuestra la energía con que los mineros explotaban el terreno. Desde dicha época se ha transformado la explotación. Ya no son individuos aislados los que cavan la tierra, sino poderosas compañías con numerosos obreros, ingenieros y máquinas de vapor; hay mucha gente empleada en este rudo trabajo y mucha también en las granjas de los alrededores, para proporcionar alimentos á esta colonia industrial.

PENSAMIENTOS.

Á la edad de veinte años, no se cuentan los años; á la edad de sesenta, se cuentan los días.

MONTAIGNE.

De todas las bellezas que ha inventado el hombre, la de los sentimientos es la menos hermosa; pero en cambio es la más verdadera.

ANÓNIMO.

Si hay quien mire con indiferencia la deshonra de

una doncella inocente, nadie mirará sin horror al que cometió semejante crimen.

WALTER SCOTT.

El amor propio es el más grande de todos los adaladores.

LA ROCHEFOUCAULD.

Aunque la autoridad sea un oso feroz, el oro le lleva por una oreja.

SHAKESPEARE.

La superstición transforma al hombre en bestia, el fanatismo en bestia feroz y el despotismo en bestia de carga.

LA HARPE.

SUMARIO.

Guaiaros.—Máquina para hacer cigarrillos.—Portada de la Cartuja de Pavía.—Un rancho de indios.—Mausoleo del principio del siglo jugando á la brisca.—El cerrillo de San Blas con sol de invierno.—Antaño.—Ogaño.—Don Francisco de Quevedo y Villegas.—Minas de diamante del África austral.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—El Archipiélago de Fuego, por Julio Verne.—Aventuras de un pillado de París en Occania, por Luis Rousseau.—Aventuras de una colonia de emigrantes en América, novela alemana.—Nueva máquina para hacer cigarrillos.—El mismo y el retrato, lámina, por A. Ribot y Pomarès.—Estadística de los accidentes de los ferrocarriles.—Los diarios de clima.—Alambres microscópicos.—Receta para la fabricación de tinta negra.—Portada de la Cartuja de Pavía.—Cerrillos útiles.—La vida de la tatarina en Valencia, por Narciso Serra.—La oración, por Trubia.—Los indios de la América central.—Historia.—Diálogo.—Maximas filosófico-morales.—Manotas de principio de siglo jugando á la brisca.—La última casería, por A. de Lamartine.—Viaje por mar.—Don Francisco de Quevedo.—Fábula.—Las minas de diamantes del África austral.—Pensamientos.

SUPLEMENTO

AL PERIÓDICO

LA AMENIDAD.

DON JOSÉ ECHEGARAY
Y EL ESTRENO DE SU ÚLTIMO DRAMA
VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE.



DON JOSÉ ECHEGARAY.

ECHEGARAY.

Casi todos los días, y á eso de las dos ó dos y media de la tarde, un señor de sencillo aspecto, mediana estatura, fisonomía un tanto mefistofélica y adornada con sendos anteojos en la fina nariz colocados, entra modestamente por las puertas del Ateneo científico, artístico y literario de Madrid.

Bavuelto en amplio gabán de pieles, clavando en todas partes la mirada escrutadora, y ocupada la izquierda mano con cuatro ó cinco revistas en la porteria recogidas, mientras la diestra suele retorcer la perilla rubia y cordosa, D. José, que así le llaman socios y dependientes, atraviesa el oscuro pasillo de la entrada, y, una vez al salón de retratos, otras al diván de la sala de periódicos, en ocasiones á alguna de las mesas de la biblioteca, encaminase calmoso y sossegado.

Ya en el punto de parada, descubre el huesudo y protuberante calvo cráneo, librándole del peso del imprescindible sombrero de copa, reclinase perezosamente en el asiento, y desenvainando periódicos y gacetas, lee y más lee, con cierta inmovilidad de estatua, aquellas largas columnas de heterogéneas materias, ó toma apuntes de libros que afanosamente consulta.

Difícil sería formar idea de las especiales aficiones del sujeto por la clase de lecturas á que se dedica, ó por las conversaciones que sostiene.

Ahora son los *Annales de Physique et Chimie*, el *Cosmos* ó la *Revue Scientifique* los que ocupan su atención; las últimas pilas eléctricas de Planté, las novísimas teorías de Rankine, los trabajos de Crookes ó los recientes inventos de Edison entretienenle un buen rato de tiempo; pero acabada la lectura de los *Annales* ó de los *Comptes rendus de l'Académie des Sciences*, coge la *Revue des Deux Mondes* ó la *Britannica*, el *Nine-ten Century* ó el *Schreibers*, y luego le toca el turno al *The Economist*, al *Journal des Economistes* ó la *Revue des Finances*, y á las revistas anteriores siguen las de ciencia social, las ontológicas y los periódicos políticos.

Y acercase á él, en esto, un literato distinguido que viene á pedirle parecer y consejo acerca de una obra poética, y un matemático que le consulta la resolución de un problema, y un hombre de Estado que le pide su opinión sobre las cuestiones políticas del momento, y, en el transcurso de pocos días, veis desfilir delante de D. José á una serie de verdaderas ilustraciones, pero que, á pesar de serlo, vienen con respecto á cometerle puntos de consulta sobre materias antitéticas, y salen haciéndose lenguas de la facilidad é ingenio con que las resuelve.

Si en un círculo cualquiera habláis de D. José, lo ménos que oís es lo siguiente:

- Es un hombre que vale mucho.
- Es un sabio.
- Es un genio.
- Es un asombro.
- Es una maravilla.
- Es una enciclopedia.

Don José es, efectivamente, todo esto.

Don José ha sido y es una porción de cosas.

Don José ha sido diputado á Cortes, director de Obras públicas, ministro de Fomento y Hacienda; es un orador de primero fuerza, un matemático y calculista de primer orden, un físico eminente, académico de la de Ciencias Exactas, académico de la Española de la Lengua, autor dramático, hombre que ha causado la admiración de los sabios extranjeros en sus viajes, y suele ser llevado en triunfo entre nosotros por una muchedumbre delirante que frenéticamente le vitorea y le aplaude.

Don José es, en suma, D. José Echegaray, que sólo este apellido, conocido ya en todo el mundo culto, es la única palabra capaz de dar idea de la persona que le posee.

¡Echegaray! Es decir, la ciencia y el arte, el genio y el talento ramidos. (Y conste que el que estas líneas escribe nunca le ha pedido destinos, ni piensa pedirle prólogos.)

Echegaray es ese señor que entra modestamente, como un simple mortal, en el Ateneo, en el Congreso, en la cátedra y en el teatro. Don José pasa por la calle sin que se conmuevan las estrellas ni se huída el firmamento; y este hombre, que después de muerto merecerá estatuas y monumentos, y quizá cenotafios, transita hoy desapercibido para las gentes con quienes se codea, mezcla y confunde, pisando el barro en los días de lluvia y tomando el sol en los días del estío; porque ese hombre, cuya etigia poseerán acaso nuestros descendientes en carrozas vistosas y engalanadas, va hoy á pié como los demás mortales, por la sencilla razón de que no tiene coche.

Mientras oscuros folletinistas franceses poseen hoteles propios y dan *soirées* suntuosas, en cada una de las cuales gastan una fortuna, Echegaray vive en un cuarto alquilado de la calle de la Princesa, y tiene que contar el garbanzo de cada día para que no falte al siguiente.

¡Ah, qué colosal fortuna la de Echegaray, si hubiese nacido en Francia, y qué modesta posición, relativamente hablando, la que disfruta en España!

Pero no adelantemos los acontecimientos, como dirían Escrich ó Fernandez y Gonzalez.

Don José Echegaray nació en Murcia el año 1833. Después de hacer sus primeros estudios en aquella población, vino á Madrid á estudiar Matemáticas é ingresó en la Escuela de Ingenieros civiles, afectando en ella brillantes estudios, que le hicieron figurar á la cabeza de su promoción, ser el asombro de sus cátedras y lograr el nombramiento de profesor de Mecánica á poco de salir de la Academia, en la cual, juntamente con la anterior, desempeñó otras varias cátedras.

Para dar idea de su disposición en el cálculo, suele contarse que, en la época de sus estudios, resolvió dos problemas que el autor del texto insertaba como insolubles, los cuales aparecieron en la siguiente edición con las soluciones y el nombre del joven alumno que así comenzaba su carrera rectificando y corrigiendo sus propias fuentes de enseñanza.

Por aquella época Echegaray estuvo loco, según se dice; pero es de creer más bien que la locura fuese de los que le rodeaban; que esto tiene de nudo todo hombre que descuellos, pues haciendo y diciendo en la fiebre del genio cosas que, ó no son entendidas por los demás, ó parecen á la rutina ó ignorancia común extravagantes y fuera del sentido corriente, hacen que se acuse de loco al autor, prefiriendo, ántes que confesar la propia nulidad, tachar de extraviado al hombre á quien no se comprende.

En el terreno de las ciencias físicas y matemáticas logró bien pronto Echegaray un renombre europeo por sus discusiones en Alemania y otros países, y sus libros de Matemáticas y Física, en algunos de los cuales ha presentado y explicado teorías que hoy pasan como importadas del extranjero. Causa, pues, verdadera extrañeza no ver figurar su nombre en la mayor parte de los Diccionarios biográficos, mientras contienen los de una porción de hermosas calatazas; mucho más, cuanto que, habiendo sido nombrado académico de la de Exactas y Físicas y Naturales, y leído, con motivo de su recepción, un discurso que produjo infinidad de controversias en el mundo sabio, parecía lo natural que hubiese llegado su apellido al oído de los biógrafos.

Al mismo tiempo que Echegaray se dedicaba á las altas especulaciones de la matemática sublime, y quizá porque siendo los estudios matemáticos los verdaderos educadores de la inteligencia, la ponen en condiciones de abarcar y profundizar más en toda clase de ciencias, nació en el joven ingeniero el deseo de consagrarse á otro género de trabajos; y como por la época en que está sucedía el estrecho régimen político á la sazón reinante no permitía á la juventud otras expansiones y medios de darse á conocer que en el campo económico, único en que eran licitos la discusión y el debate, Echegaray, tanto por esto, cuanto porque veía á ilustres compañeros de carrera distinguirse y conquistar aplausos en este órden de actividades, dedicóse á él de lleno, y á la par que los títulos ya adquiridos de eminente mecánico, físico, matemático é ingeniero, obtuvo con sus brillantes discursos en la Bolsa y en el Ateneo y con sus trabajos periodísticos en la Sociedad libro-cambista ó Asociación para la reforma de Aranceles los no menos justos dictados de eminente orador, economista y lucendista.

De estas campañas económicas nacieron sus compromisos políticos. Intimamente enlazada con el elemento joven de la democracia, pléyade entónces de superiores notabilidades, cuyo mérito, no por haber constituido después el partido más procoz de la política española puede dejar de reconocerse, Echegaray siguió y ha seguido á su grupo en todas las evoluciones á que le han llevado los apetitos comunes, le ha ayudado con fervor en las empresas en que se ha movido, y tanto en la prensa como en la tribuna, en la Cámara como en el *meeting*, ha secundado siempre, valiente y decidido, la política perturbadora de la familia cimbrera. Borrón acá quizá para la historia pública de Echegaray esta participación en la marcha de una colectividad que empezó por hacer traición á la democracia

para marcharse á la monarquía, y después á la monarquía para volverse á la república, y luego á la república federal para pasarse á la unitaria, y finalmente (hasta ahora), á la unitaria para convertirse á la monarquía restaurada; pero como ni la índole de nuestro periódico, ni el objeto que nos proponemos al hablar de Echegaray, nos dan derecho á ocuparnos de estas peligrosas materias, omitimos profundizarlas y limitaremos nuestro trabajo á la manera de ser del sabio y del literato.

Forzoso es, sin embargo, decir, para completar este punto, que Echegaray debió á su partido la Dirección de Obras públicas primero, la diputación á Cortes después, y las carteras de Fomento y Hacienda más tarde. En todos estos puestos dió pruebas, como no podía ménos de darlas, de su asombrosa universalidad. El magnífico discurso pronunciado en las Constituyentes del 60 acerca de la intolerancia religiosa, conocido vulgarmente por el del quemadero; el no ménos notable contra el proteccionismo de Pi y Margall; la creación del Instituto Geográfico y Estadístico, debida á su iniciativa; el impulso á las obras públicas en la época en que fué director de ellas, y la normalización, en cuanto era posible, de la Hacienda de su tiempo, acreditándole de hombre político de primera fila y le hicieron brillar con luz propia en la esfera de la cosa pública. Echegaray correspondió á sus amigos, acompañándoles lo mismo en sus horas de triunfo que en las de agonía, siendo con su autoridad y su palabra firme puntal de sus aspiraciones y propósitos.

Desde ántes de esta época, y á juzgar por las declaraciones del mismo interesado, Echegaray se había ya dedicado á la literatura, escribiendo alguna que otra poesía, tal cual que otro artículo suelto, y hasta una comedia titulada *Mentira piadosa*, en un acto, más tarde refundida en dos y presentada al teatro del Circo con el epígrafe *La Hija natural*; pero es lo cierto que hasta 18 de Febrero de 1874, en que se estrenó su primera producción *El Libro talonario*, nadie sospechaba que Echegaray fuese autor dramático, y mucho ménos de los vuelos y alcance que luego ha revelado.

En 14 de Noviembre del mismo año citado se representó por primera vez *La Esposa del vengador*, y de entónces acá nos da ocasión cada temporada escénica de admirar nuevas producciones del insigne dramaturgo, habiéndose eruido de tal manera su personalidad artística en estos últimos ocho años, que hasta los mismos que en un principio le hicieron cruda guerra rinden hoy pleito homenaje á la soberanía de su genio.

No somos nosotros, por cierto, de los que dicen que Echegaray ha venido á galvanizar nuestro agonizante teatro, y que á él se debe exclusivamente el renacimiento de la escena española.

Costumbre es de todas las generaciones hablar mal de los tiempos presentes y dar la preferencia á los pasados. Así ocurre que en literatura se ha dado en la flor de poner el siglo de oro en una determinada época de la Historia, y no hay quien convenza á los

críticos de que puede haber época subsiguiente que á la anterior iguale ó exceda.

Sin pecar de optimismo, que no es esta virtud de nuestro carácter, creemos lo contrario, y es que el siglo de oro de nuestra literatura dramática es el presente, no sólo por la aparición de Echegaray, que bastaría para acreditarlo de tal, sino por la verdadera pléyade de autores, géneros y producciones de que en la actual centuria venimos disfrutando. Los nombres de Gil y Zárate, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch y el Duque de Rivas, y los de Morán, Bretón, Ayala y Tamayo, nos dispensan de buscar demostración á nuestro aserto; en cuanto á la interpretación de la obra dramática, un siglo que cuenta á Madroñe, la Rita Luna, Guzmán, Romea, la Matilde y la Tumbora (para no hablar, en autores y actores, más que de los muertos y retirados), no desdice, supera á los siglos anteriores.

Es imposible, por tanto, afirmar que la escena española estuviese anerta á la aparición de Echegaray, que hubiese necesidad de galvanizarla y revivirla, que estaba, por lo ménos, anémica y decrepita. ¡Decrépita la escena en que se representaba *En Drama nuevo*, de Tamayo! La escena española estaba y está hoy á la altura de la tribuna patria; es decir, está á la cabeza del mundo entero, y aunque todavía la vestimos pobremente é imperan en ella vicios y corruptelas tradicionales de mal gusto, en su esencia, en su valor intrínseco, en el mérito y el alcance de sus producciones, nada tenemos que envidiar á los teatros extranjeros.

¡Ojalá pudiéramos decir en el campo de la ciencia lo que sin adulaciones patrióticas de ningún género podemos afirmar en el terreno del arte!

No vino, pues, Echegaray á reanudar lo que estaba muy animado; pero lo que sí hizo el poderoso genio de Echegaray fué implantar en nuestra escena, como sucesor del género histórico ó episódico á que se dedicaban nuestros autores, un simbolismo trascendental y tendencioso vestido á la moderna, que ha llevado el teatro nacional á las corrientes del arte moderno. El mismo Echegaray lo ha afirmado en un artículo no há mucho impreso, y aunque acaso se diga que en toda farsa dramática hay simbolismo por cuanto que simbolizados aparecen en los personajes de la fábula las pasiones, los vicios y las tendencias sociales, y aun en el más modesto sainete, los tipos, por el autor presentados, símbolos son de los defectos, apófitos, aspiraciones y costumbres de la sociedad en que viven, en el simbolismo de Echegaray hay algo más que exposición y personificación de fuerzas é ideales, organizaciones y reorganizaciones, pegando unas con otras en el sentido positivo, si vale la palabra; hay una profunda filosofía presidiendo á todo, dando á la trama dramática el carácter de un problema, planteado á modo de premisa para que el espectador deduzca la consecuencia, y de aquí que, como hemos dicho antes, la obra, además de simbólica, resulta tendenciosa y prácticamente útil en el sentido de reforma, reorganización, corrección ó cuando ménos, análisis.

Tampoco puede decirse que sea Echegaray el crea-

dor de este simbolismo con tendencias, porque obras hay en los clásicos y aun en las literaturas más remotas—*nilhil novum sub sole*—en que por medio del símbolo el autor discute, expone, presenta ó resuelve problemas, eternos unos para toda la vida social, concretos otros á un estado presente. Pero por esto mismo dijimos vestido á la moderna, es decir, sustituido el hombre rudo por el civilizado, el capacete por el sombrero de copa, el personaje dinamarqués ó el polaco, por el genuino madrileño; y aunque de esto tenemos también numerosos ejemplares en los teatros modernos, sobre todo en el francés y el italiano, cuya nota dominante es hoy el problema en las tablas, estaba reservado á Echegaray traer á las nuestras, de un modo original y propio, sin acudir á los recursos de extranjerismo de los traductores y acomodadores, ese género nuevo que viene informando las literaturas dramáticas, y esto ha hecho, implantando, como decíamos antes, entre nosotros, el drama español moderno, simbólico y de tendencias.

No quiere decir esto que todos los dramas de Echegaray correspondan á la expresada tendencia.

Los dramas de Echegaray son de dos clases: románticos ó realistas, dicho sea lo último con perdón de uno de sus críticos, que confundiendo, en nuestro sentir, el realismo con el naturalismo, sólo ve en el teatro de Echegaray dramas románticos.

En los primeros domina, como es natural, el lirismo, y son inferiores, en nuestra opinión, á los segundos. Entre éstos hállanse los que verdaderamente han dado fama y nombre á su autor.

Ó locura ó santidad, *El Gran galeoto* y *Conflicto entre dos deberes*, en el orden en que los relatamos, son los tres coronas de su corona de dramaturgo. *Ó locura ó santidad*, especialmente, no tiene rival, para nuestro gusto, en ninguna literatura clásica ó moderna. Difícil sería señalar obra tan profundamente trascendental y á la vez tan acabada y completa como ella; el genio de los grandes maestros únese en la misma tal espíritu de observación, que admira ver, y éste es para nosotros el gran mérito de la obra, cómo con tipos tan reales y exactos, y al propio tiempo tan honrados y buenos, surja natural, precisa y forzosamente, la tremenda catástrofe.

En *El Gran galeoto* maravilla ver desenvuelta en en el estrecho marco de tres actos la profunda tesis social que sostiene, exacta, pero atrevida como ella sola, y que únicamente el eximio ingenio de Echegaray podría presentar (logrando aplausos de los mismos á quienes sangrientamente retrata, pinta y esculpe), ante un público mojigato ó hipócrita que profeta contra todo lo que sea poner de manifiesto sus vicios, sus infamias y sus debilidades; público cuyo lenguaje y vida privados son quizá los más obscenos de Europa, pero que en materias escénicas es quisquilloso hasta tal punto, que sólo consiente en italiano los clásicos verdes, y exige ajado que las bailarinas saquen *maillo* de color de carne por conceptuar demasiado excitantes las medias blancas.

Conflicto entre dos deberes es el reverso de *Ó locura ó santidad*. Ved lo que debéis ser, parece decir

Echegaray dirigiéndose á la sociedad moderna al presentarle la figura de don Lorenzo, que va al manicomio por cumplir estrechos deberes de conciencia. Ved lo que es, dice en *Conflicto entre dos deberes* al personificarla en la figura de Raimundo, que sacrifica á su pasión y su gratitud la austera integridad del hombre de derecho. Las dos figuras están magistralmente pintadas, pero la de Raimundo, por necesidad, resulta más pequeña y mezquina. De qua manera ó de otra, el drama acaba en catástrofe. ¿Será el autor pesimista?

Los demás dramas de Echegaray son buenos por la misma razón que no hay comedia mala de Calderón y Lope, ni cuadro mediano de Velazquez y Fortuny. Á todo lo que el genio pone el sello, es porque lo ha encontrado á su altura, y la altura del genio es tanta, que lo simplemente bueno queda de ella enormemente distanciado. Pero los demás dramas de Echegaray no pueden sostener la competencia con los anteriores, ni en la profundidad del pensamiento, ni en la fuerza de la obra. Son dramas hechos al rededor de dos ó tres efectos colosales, como núcleos; á estos efectos se subordina el trabajo dramático, y aunque al estallar las pasiones desahucen salvajes y atronadoras aplastando al público con el peso de su grandeza, no bastan á encubrir la hilaza del tejido con el oro purísimo de los grandes efectos del sentimiento.

Pero si en su conjunto estos dramas aparecen inferiores, como las novelas ejemplares lo son al *Quijote*, hay en cada uno dos ó tres escenas culminantes y bellezas de primer órden, que dan por sí un valor enorme al drama, cual es enorme el valor de un grueso solitario, aunque el aro sea de modesta plata ó de falso y despreciable dablé. El acto tercero de *En el seno de la muerte*, las tres principales escenas de *En el puño de la espada*, la lucha de afectos de *Mar sin orillas*, la figura del protagonista en *Haroldo el normando*, el precioso tipo de niña presentado en su trilogía, los hermosos y caballerescos caracteres de *La Esposa del vengador*, la austera concepción de *La Muerte en los labios*, y otras muchas bellezas que sería inútil citar porque todo el mundo las conoce, las admira y las aplaude, bastarían para inmortalizar el nombre de Echegaray, si el autor—sólo el autor podía hacerlo—no hubiera presto empeño en dejarlas eclipsadas por otras mejores.

No entra en nuestro propósito, ni lo permitiría la amplitud de nuestra humilde competencia, criticar detenidamente el teatro de Echegaray; pero sin tales pretensiones, séanos lícito hacer alguna consideración sobre la tendencia de este autor á concluir siempre sus producciones por sangrientas catástrofes. ¿Las creará necesarias para asegurar el éxito?

Nosotros nos inclinamos á afirmarlo, y por ello no es ésta la primera vez que hacemos observar que la mayoría del público empieza á tener por defecto de Echegaray ese deseo de convertir en escuela los desenlaces por suicidio y asesinato. Es una concepción tan estrecha de la belleza en el drama y una idea tan pobre del gusto del público pensar que sólo se puede llegar á conmoverle presentándole tres ó cuatro cadáveres por remate de obra, que no parece sino que

Echegaray no tiene otros recursos ni juzga á su público de otra manera que como deben juzgar al suyo de mozos de cuerda y sensibles frugatrices los poetas de ciego, cuando exclusivamente se creen obligados á acudir á estos cruentos desenlaces para conseguir interesarle.

La emoción estética en el drama no debe resultar, á nuestro juicio, puramente del hecho del desenlace, sino de la trama de la misma acción, y aunque ella acabe *en bien*, como dice el vulgo, no por eso será ménos dramática si sus peripecias, los personajes que intervienen, los caracteres representados, los pensamientos vertidos, y hasta los mismos efectos de contraste, han logrado conmover la fibra sensible del espectador. Por el contrario, aunque en *Toda lo vence el amor*, ó sea *La Pata de cabra*, don Simplicio Majaderano se diese de puñaladas al final de la obra, comedia ó comedia y sainete sería ésta, á pesar del desenlace.

No es, pues, un puro efecto de sensibilidad el que obliga á las gentes á protestar contra esa degollina general que el Sr. Echegaray practica en grande escuela y con toda la importabilidad de un matarife; demasiado saben los que van á la representación que Calvo ó Vico no se mueren, afortunadamente, cuando se hunden en el pecho ó enchillo de hojalata ni á Donato Jimenez le enterran porque lo haya herido en duelo el Vizconde.

El público rechaza esa degollina *erigida en sistema*, por conceptuarla de mal gusto y por interés del mismo autor, cuyo mejor drama no necesita acabar en pistola, veneno ó arma blanca para enternecer al auditorio.

El Sr. Echegaray debe tener ademas otro motivo para renunciar á tan trillado camino; es hoy suprema autoridad en el teatro, tómanle por modelo los autores más aplaudidos y los demagogos más afamados, imitando grandes y chicos en esta tarea de conmover á puñaladas, porflan los actores á ver quién se da mejor una alta recibiendo ó se muere con más naturalidad una bala dentro del cerebro, y si las cosas siguen así y Echegaray dando el ejemplo, vase á convertir el teatro en clínica quirúrgica, no por fingida ménos naturalista y.... francamente, no vale la pena de pagar dinero por ver cosas que se enseñan gratis en San Carlos, ni estamos en el caso de que nuestros actores, para llegar á ser buenos en este género, se pasan diez años en los hospitales aprendiendo á remedar, exagerándolos, los gestos y contorsiones de las víctimas de las pendencias en las tabernas de las afueras.

Nosotros, que en literatura admitimos todos los géneros y conceptuamos ridículamente útiles, fuera del terreno de la pura clasificación, esas distinciones en sistemas y escuelas, admitimos como género de grandes, de inmensas, de colosales bellezas al del Sr. Echegaray; pero creemos asimismo que, de exagerarle, tendrá que venir, está ya empezando á venir, una reacción en opuesto sentido, que lleve al público y á la crítica hácia lo cómico y lo trivial, bastados de lo sangriento, lo fenomenal y lo trágico.

De todas maneras, aunque el género pase de moda, quedará siempre la gigantesca figura del teatro de Echegaray proyectada para siempre en la historia de nuestra literatura.

España tenía como personificación de sus glorias militares un Carlos V que oponer en los anales de los

siglos á los Césares, los Cárlos y los Alejandro; un Felipe II á los más encumbrados diplomáticos; un Murillo y un Velazquez enfrente de los Rubens, Van-Dick, Miguel Angel y Tiziano; un Calderon y un Lope, regocijo de las musas y fénix de los ingenios; faltábale un coloso en el arte, que sostuviera la com-



DON ANTONIO VICO.

petencia con los Shakespeare, Schiller y Goethe: este coloso es Echegaray.

Y ¡oh rarezas de los tiempos y las cosas!

Si Echegaray se hubiera limitado á ser un buen ingeniero, un gran matemático, un eminente físico, apenas si tendrían unos cuantos noticia de su existencia; no pasaría su nombre de ser conocido para algunos lectores de revistas científicas ó profesionales y de algunos contratistas de obras públicas; los mismos críticos que hoy le aplauden y le encumbran, apenas si habrían pasado la vista por sus trabajos, y á lo más, algun amigo cariñoso hubiera hecho inser-

tar un *entrefilet* laudatorio junto á los anuncios del doctor Garrido en las columnas del cualquier periódico.

El genio hubiese sido siempre el mismo, no hay duda; pero han sido necesarios el relumbrón de la política y la farsa del escenario, para que lleguemos á vislumbrar su llama en el frente anchurosa y severa de D. José Echegaray.

Véase, pues, en qué poca cosa estriba el que se dé á conocer un genio.

Y aun de las dos indicadas, fuerza es reconocer que sin la primera no hubiera vezido la segunda;

debe Echegaray sus primeros éxitos al renombre político que ya tenía, y que le facilitó el acceso á nuestro escenario clásico; de no ser así, Echegaray habría tenido que ir llevando sus manuscritos de empresa en empresa, mendigando una lectura ó solicitando recomendaciones para el cómico en candelero, y ¿quién sabe si á estas horas dormiría arriñonado *Ó locura ó santidad* en una taquilla de contaduría, ó, hastiado el autor de tantos inútiles pasos y súplicas, habría roto para siempre la pluma con que debía escribirse el *El Gran galeoto*?

Felicitémonos de que así no haya sucedido; pero concluyamos lamentando la fatal condición de nuestros literatos, que les obliga á hacerse políticos para llegar á coronar sus trabajos con éxitos positivos.

N. AMORÓS.



La biografía que antecede vió la luz en el periódico *La Librería* en el año 1883.

De entónces acá el insigne escritor ha dado al teatro, además de la que motiva la publicación de este suplemento, las obras siguientes:

UN MILAGRO EN EGIPTO, estudio trágico, en tres actos y en verso.

Prensa mal..... ¿Y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.

LA PESTE DE OTRANTO, drama original, en tres actos y en verso.

Habiendo sido recibidas todas con aplauso.

DON ANTONIO VICO.

Al publicar el presente suplemento, consideramos un deber de justicia colocar al lado del insigne autor de *Vida alegre y muerte triste*, el retrato y biografía del reputado actor que, como verán nuestros lectores en otra sección de este suplemento, ha sabido interpretar con verdadera perfección el protagonista del drama del Sr. Echegaray.

Nació D. Antonio Vico en Jerez de la Frontera, el año 1840.

De su padre, que llevaba su mismo nombre y era actor muy distinguido, aprendió Antonio Vico el arte á que desde luego se sentía inclinado.

Empezó á desempeñar papeles cómicos en teatros de segundo y tercer orden; pero ambicionaba más, siendo satisfechos sus deseos, pues la suerte, poco propicia en general, le favoreció.

El insigne Valero le vió trabajar una vez, y descubrió en seguida en aquel modesto actor facultades sobradas para figurar entre los primeros en la escena española.

Tuvo desde aquel momento Vico la protección de Valero, quien le dió un puesto de galán joven en su compañía.

Á partir de aquel momento empezaron los triun-

fos para Vico, triunfos conquistados en los principales teatros de España.

En 1865 era ya D. Antonio Vico primer actor y director de escena.

En 1870 vino á la córte, en donde tuvo una entusiasta acogida.

Á partir de esta fecha, ¿quién no recuerda los innumerables y merecidos triunfos obtenidos por Vico en todas las obras que ha representado? *Don Juan Tenorio*, *Los Amantes de Teruel*, *Ó locura ó santidad*, *La Muerte en los labios*, y otras muchas que sería prolijo enumerar, han dado ocasión á Vico para crear, con el fuego de su inspiración, los diferentes personajes cuyo recuerdo existe en la memoria de todos.

Valero tuvo razón; su profecía se ha cumplido; D. Antonio Vico figura hoy entre los primeros actores de la escena española.

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE.

REPARTO.

DOLORES.....	SEÑORA CIBERA.
CÁRMEN.....	SEÑORITA CASANO.
ANTONIA.....	SEÑORA VARELA.
DON RICARDO.....	SEÑOR VICO.
LUIS.....	* CIBERA.
ÁLVARO.....	
ÁNGEL.....	* PEREZ.
PACO.....	* VIVES.
SERAFIN.....	* PARRISO.
PEDRO.....	* FERNANDEZ.
BASILIO.....	* MORENO.
RAMON.....	* FERRIN.

EL ARGUMENTO.

Procuremos dar una idea de la obra que de tal modo conmovió los corazones.

Vida alegre y muerte triste. El que pasa en la disipación los días hermosos de la juventud no puede esperar otra cosa, cuando llegan las tristezas de la vejez, que dolores para su cuerpo y remordimientos para su alma. Este es el pensamiento capital del drama.

Ricardo, joven, rico, valiente, impetuoso, es la personificación de D. Juan Tenorio en los tiempos modernos. Gasta su vida como su capital, alegrememente, sin cuidarse para nada del porvenir.

La flor que encuentra á su paso la deshoja despues de haber aspirado su perfume. Una mujer pareció detenerle más que ninguna otra en su carrera. Dolores, una huérfana, á la que arrebató de los brazos de su padre para hacerla víctima de su pasión; pero pasados los primeros trasportes de la pasión, la hermosa joven llora las tristezas del abandono, y obtiene,

por respuesta á sus enamoradas quejas, estas palabras, que pintan el carácter de Ricardo :

Me educó en la ociosidad
Y entre fieles amores,
Y fueron mis preceptores
Placer, lujo y vanidad;
Las sonrisas de las bellas,
La embriaguez de la alegría,
El delirio de la orgía
Y el chocar de las botellas;
Conque envuelto por tal ola
De espumante frenesí,
Si algo firme quedó en mí
No es poco mérito, Lola.

Cuando el protagonista se presenta á los espectadores, viene de un desafío provocado en una partida de juego, y se prepara para una cena alegre sin que le preocupe en lo más mínimo la sangre que acaba de verter.

No tiene tiempo ni para quitarse el frac, que lleva encima hace muchas horas. Lola llega en aquel momento, y Ricardo, que la escucha con enojo al principio, se deja conmover al fin por la belleza y el amor de aquella mujer que sólo por él vive.

—No llores más, prenda mía—la dice en un momento de entusiasmo.—Te amo con toda mi alma y lo abandonaré todo por tí, para que vayamos juntos los dos solos á viajar por Italia.

—¡Los dos solos!—dice Lola ruborizándose.—No, Ricardo mío, porque yo sé que alguien vendrá á acompañarnos dentro de muy poco.

La escena tiernísima de los dos amantes tiene que interrumpirse porque llegan los amigos convidados á la cena, é invaden la habitación al mismo tiempo que la amante pareja desaparece detrás de las cortinas.

La cena es el cuadro de la disipación admirablemente pintado, aunque el autor, con honesto acuerdo, ha puesto la hoja de parra de las conveniencias á la loca alegría de los comensales de Ricardo.

Son digno de él, y como él viciosos y libertinos. Sólo hay una excepción. Serafín, un grave doctor en Medicina, casado, muy enamorado de su mujer y muy amante de sus hijos, que asiste por condescendencia á aquella turbulenta fiesta.

—Pienso fundar un manicomio—dice, disculpándose jovialmente—y quiero comenzar á tratar á mis futuros huéspedes.

Los convidados no pasan de cuatro; pero con no llegar al apostolado no falta un Júdas. El falso amigo es Luis, locamente enamorado de Dolores, por ella desdenado.

El *perce* luce sus colores de topacio, reflejo del sol de Andalucía en las cristalinas copas; el *champagne* se desborda en espumas blancas, y el *borgoña* sale produciendo cascadas de rubí de las empolvadas botellas, reclinadas cuidadosamente en argentadas cestitas.

Y nada de esto es fingido: la cena, preparada en Fornos, está servida por mozos del elegante restaurant. El realismo en la escena ha desterrado ya á los sótanos de guardarrópa el eterno pavo de cartón. Los actores comen y beben real y efectivamente.

El asunto principal de las conversaciones de los

comensales de Ricardo son burlas á la familia, chistes contra el hogar y el matrimonio.

Ricardo ha perdido, por las frecuentes libaciones, la razón, y Luis, que acecha este momento, le aprovecha para presentarle como un doctrinero enamorado de Dolores, á la que acabará por llevar al altar.

El D. Juan moderno se indigna de que le supongan tan honrados pensamientos.

—¿Pues á que no eres capaz de romper con ella? —le dice, excitándole más, el perverso Luis.

—¿Á que sí?

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pues escribe una carta de despedida —dice Luis dándole papel y lápiz.

Ricardo quiere escribir, pero no puede, y Luis se encarga de ser el secretario, redactando una carta brutal, que manda á Lola después de haber hecho firmar á Ricardo.

La cena sigue alegremente: todos, ménos Luis, están ebrios, cuando de pronto Dolores, con el infame papel en la mano, entra llamando á voces á Ricardo, que ya ha dejado caer la cabeza pesada sobre la mesa.

Aquellos gritos le despiertan, y Lola, ante aquel espectáculo de disipación, cae sin sentido. Ricardo corre como puede á ella.

—¡Cuánto fuego!—dice tocándose la cabeza.—
¡Cuánto frío!—exclama tocando el rostro de Dolores.

Cuando comienza el segundo acto han pasado para los personajes del drama muchos años. Dolores, la pobre Dolores, huyó de casa de su aturdido amante, y en medio del abandono dió vida á una niña, fruto de sus desdichados amores.

Luis murió en medio de las orgías, dejando un hijo digno heredero de sus vicios. Ricardo, para olvidar á Lola, á la que no pudo hablar después de aquella noche, se lanzó á continuar su vida de disipación recorriendo las principales ciudades del extranjero, hasta que, viejo, enfermo, hastiado, sentenciado á próxima muerte por el reblandecimiento de la médula, se retiró á una quinta de Andalucía.

Serafín, el doctor, es el único amigo que le queda; pero Serafín, que en su juventud se ha creado una posición y una familia, y que llega á la vejez sin sentir los enfermizos achaques, se debe á los suyos y sólo puede estar breves momentos con Ricardo, que pasa su triste vida entregado á criados mercenarios que ansían su muerte para apoderarse de su fortuna.

¡Qué triste es la vejez del libertino! No hay nada que inspire más compasión que la enfermedad de un anciano sin los cariñosos cuidados de la familia.

Cuando Serafín se va, Ricardo se queda solo con los criados, y recibe con marcado disgusto la visita de Alvaro, un digno hijo del infame Luis.

Alvaro desca á Carmen, la hija de Dolores, como su padre deseó á ésta, y sabiendo que la mujer abandonada y la niña huérfana van á ir á implorar la protección del padre, se adelanta para realizar entre las breñas de la sierra sus criminales propósitos.

Ricardo busca en vano el descanso, mientras sus criados se beben alegremente sus vinos. La campana de la puerta se agita violentamente, y se escuchan fuera dolientes voces que piden socorro; pero los criados no hacen caso, y continuarían en su orgía si no saliese Ricardo y les ordenase que abriesen al que llamaba.

Era Cármen, la hija de Dolores; su madre ha quedado enferma en una venta cercana, y ella va á buscar allí un médico que le han dicho que había.

Llega agobiada de cansancio y yerta de frío, y cae sin sentido abrumada por sus emociones. Ricardo se conmueve á la vista de tanta hermosura y de tanta desgracia, y coloca cariñosamente á la pobre joven cerca del fuego, quedándose á velarla.—Esta es la primer velada, dice:

La primera de mi vida
En que el alma está melida
En alguna empresa locura;
Conque, ahora, vamos á ver
Qué es mejor en puridad:
Si una obra de caridad
Ó una noche de placer.



Así termina el segundo acto, que gustó más todavía que el primero. En el tercero, Álvaro, el hijo de Luis, que ha visto á Cármen, se propone robarla: se presenta á la joven con humilde aspecto y logra fascinarla; la promete llevarla con su madre y ella se dispone á marchar cándidamente, pero quiere despedirse ántes del señor que ha sido tan bueno con ella.

Aunque esto contraria á Álvaro, accede por no despertar las sospechas de Cármen. Sigue una escena bellísima entre ésta y Ricardo, que siente cada vez más simpatías hácia aquella joven. Ella le prodiga tiernos cuidados, que llevan alivio á los dolores de Ricardo y consuelos á su alma.

—Nunca me han cuidado así— dice.

Entre el enfermo y Cármen se establece una corriente de simpatías, y la niña le refiere sus penas, la soledad de su madre, lo que ha sufrido, y dice que han salido de Madrid para solicitar el amparo de un amigo de su padre.

En el terreno de las confidencias, y alentada por el interés que la demuestra Ricardo, le cuenta que tiene novio y que éste es Álvaro.

Cuando el enfermo oye el nombre del hijo de Luis comprende que la joven está en un gran peligro, y se propone salvarla. Llama y nadie acude; los criados han salido, hábilmente alojados por Álvaro.

Este, que se impacienta, va á arrancar á Cármen del lado de Ricardo, que se halla presa del delirio. La joven ya no quiere seguir á su amante, y él emplea la fuerza, y la hubiera arrastrado consigo si en aquel supremo momento no se presenta Dolores, que abraza á su hija.

Álvaro, desconcertado al principio, vuelve á su propósito y quiere arrebatar á Cármen de los brazos de Dolores; pero ésta la arroja en los de Ricardo, exclamando:

¡Que te proteja yo padre!

Sigue una escena horrorosa. Álvaro, ya loco, va á buscar á Cármen en los brazos de Ricardo, y éste se arroja sobre él, y con una fuerza colosal le estrangula.

¿Buscas caricias?... Caricias;
¿Besos pides?... En mis labios;
¿Quieres agravios?... Agravios;
¿Justicia quieres?... Justicia.

Álvaro cae muerto por aquellos brazos que le aprimen. Ricardo le mira, exclamando:

Ya está su cuerpo más frío
Que mi pobre sangre helada;
Salvé en honor de esta suerte;
¡Quisá son eternos juicios!
¡Mi cadáver de mis vicios!
Á más plantas en mí muerta!

Tiende los brazos á las dos mujeres, y cae muerto también al lado de Álvaro.

Así termina la obra, en medio de frenéticas aclamaciones del público.

(El Resumen.)

JUICIO CRÍTICO

DE LOS PRINCIPALES PERIÓDICOS DE MADRID.

Fué un éxito ruidoso, entusiasta, merecido, el que anoche obtuvo en el teatro Español D. José Echegaray.

Las últimas escenas era difícil contener al público, que seguía con anhelo el desenlace de aquella tragedia. Cuando cayó el telón estallaron los gritos, los aplausos, las aclamaciones, y el Sr. Echegaray, rodeado de los actores, salió numerosas veces á recibir una de las ovaciones mayores que se han dedicado á autor dramático.

Vico ha estado admirable en la interpretación del papel de Ricardo. Alegre, frívolo, ligero, arrogante en el primer acto, era la personificación del D. Juan de frac de nuestros días.

En el segundo estuvo admirable, dando grandes detalles al papel del enfermo, y en las escenas últimas rayó á una altura colosal, llegando á apoderarse por completo del corazón de los espectadores.

La señora Círcera y la señorita Casado estuvieron acertadas, y muy bien Mariano Fernandez.

La cena del primer acto, preparada en Fornos y servida por criados del célebre restaurant, llegó á la perfección del realismo, que se ha puesto en boga, y fué una cena seculenta.

Vida alegre y muerte triste forma una de las páginas más brillante de la carrera dramática del señor Echegaray. La crítica severa censurará los efectos melodramáticos del tercer acto, la inverosimilitud que ayuda al efecto; pero el público llenará noches y noches las localidades del teatro Español para sentir las emociones del drama, aplaudir sus bellezas y entusiasmarse con Vico.

(El Día.)



Salimos anoche del teatro. Español dejando al público entregado al delirio del entusiasmo. Las galerías, pobladas de gente, parecía que iban á desplomarse, y los espectadores, abalanzados sobre el antepecho, extendían los brazos, agitaban sombreros y pañuelos, y prorumpían en frenéticos y aclamadores vivas.

En los palcos, en las butacas, todos aplaudían; las señoras, reclinándose en los asientos, enjugaban las lágrimas ó procuraban reponerse de la emoción causada por las últimas escenas del asombroso drama, y no había nadie, absolutamente nadie, entre aquellos millares de espectadores, que permaneciese indiferente.

— ¡Echegaray y Vico! — gritaban; y el poeta y el autor, unidos en estrecho abrazo, se presentaban en aquella escena que habían llenado con su genio, creando el uno y dando vida á la creación el otro.

La ejecución por parte de Vico, admirable, lo mismo en el primer acto que en el segundo y tercero. La señorita Casado, muy bien en el papel de Cármen, y la señora Cirera en el de Dolores. Tambien merece elogios el veterano Mariano Fernandez.

La obra, muy bien puesta en escena, La Empresa del Español volverá á sacar por algunos dias su bandera de éxito, el cartel que dirá encima de la ventanilla del despacho: *No hay billetes.*

US ABONADO.

(El Resumen.)

El éxito fué inmenso.

Bien es verdad que el público estaba admirablemente dispuesto, por componerse de literatos, artistas, mujeres hermosas y en general de cuantos suelen asistir al Español en noches como la de ayer. En las galerías, un público numerosísimo, tan inteligente por lo ménos como el de abajo, y desde luego más entusiasta; hasta en el escenario habia gente bastante á llenar cualquier teatro por horas. Á las ocho las butacas se cotizaban á cinco duros: los revendedores deben estar agradecidos á Echegaray, tanto como al Gobernador.

Ya desde el primer acto notó el público que no iba á ver una obra común y adocenada; el genio, el verdadero genio, deslumbrante, arrebatador, iba á hablar, y el público se preparó á escucharle con recogimiento. Pero desde la mitad del segundo acto ya no fué atención ni simpática atracción lo que sintió el espectador, sino algo análogo á lo que, de ser capaz de sentir, sentiría el leño que arrastra el torrente desenfrenado: un vértigo especial producido por la acción del desconocido alhismo al que hay que ir á parar. Una vaga resignación ante las iras del Destino, que se abaten sobre aquel miserable anciano, que paga amargamente sus extravíos, es la impresión que deja el drama, y un intenso dolor por los tormentos de aquel moderno D. Juan Tenorio, que no halla, como el sevillano, la gloria y el dolo al fin de su vida, sino el castigo más horrendo, el de ver á su propia hija á punto de ser víctima de un crimen como aquellos que en su juventud constituían el tejido diario de su existencia.

Al final del acto segundo, despues que un nutrido

aplauzo recompensó á los actores, llamóse al Sr. Echegaray, que al aparecer en la escena fué recibido con un *bravo* atronador, como quizás no habia oído todavía el ilustre poeta dramático.

Pero donde el entusiasmo llegó á ser indescriptible fué al final, cuando diez, doce, catorce veces habieron de aparecer el Sr. Echegaray y el Sr. Vico, este último con mucha justicia, puesto que la profunda impresión, dejada por la última escena, se debía por igual al autor y al actor, á la idea y á su forma, al sentimiento y á su expresión. Aplaudía todo el mundo, mujeres y hombres, los de las butacas y los de arriba, escépticos y entusiastas, los pesimistas y los amigos...

Con decir que Vico estuvo á la altura de Echegaray dejamos dicho bastante, y no tenemos que decir más. Sólo nos asalta el temor de que en noches sucesivas no pueda hacer el violento esfuerzo que en la de ayer; en la escena de la muerte estuvo realmente admirable, pero nos gustó más en la anterior; debe realmente extrangularse como él extrangula, y morir como muere.

Viene inmediatamente despues de Vico la señora Casado; bien es verdad que el tipo de niña de *Vida alegre y muerte triste* es el más tierno y delicado de todos los dramas que hasta ahora ha hecho Echegaray, incluyendo aquella delicia de *O loera á santidad*.

Las señoras Cirera y Revilla, acertadas, en particular aquella.

Parreño, excelente, y Mariano Fernandez, a la altura de su justa reputación.

En cuanto al Sr. Cirera,.... *un bel morir tutta una vita onore.*

El conjunto ha salido más perfecto de lo que se esperaba.

En resumen: el teatro Español se ha salvado por toda la temporada.

(El Progreso.)

Anoche, á las ocho y media, hallábanse todavía entre obstruidas por impaciente público todas las puertas del teatro Español: penetrar en el interior del edificio era obra de romanos.

No habia una sola localidad ni un solo billete en el despacho, y sin embargo, había centenares de personas pretendiendo entrar en el teatro, en el que, desde mucho ántes de empezarse la función, estaban ocupados todos los asientos, los huecos de las puertas de la sala y los sitios todas desde donde realmente ó con la imaginación se veía el escenario ó se oía la voz de los actores.

Se estrenaba un drama de D. José Echegaray; no era extraño.

Vida alegre y muerte triste es el título de la última producción del eminente autor, el título del drama que anoche arrebató al público, el título de una joya tan valiosa como la que más de las muchas que constituyen el tesoro de nuestro teatro.

El vértigo del placer y del libertinaje; la soledad y los sufrimientos físicos como consecuencia; la apa-

rición de los únicos seres queridos del alma; la salvación de su honra, y la muerte por fin; hé aquí la síntesis del argumento de la obra, desarrollado en tres actos, asombrosamente escritos, llenos de situaciones dramáticas de primer orden, de magníficos versos, de conceptos sublimes, de efectos teatrales magistralmente dispuestos, de agudísimos chistes, y revelando, en fin, desde la primera hasta la última escena, la inagotable inspiración y el inmenso talento de nuestro gran dramaturgo.

Grande, inmensa ha sido la inspiración de D. José Echegaray al escribir su última obra; inmensa y grande ha sido la inspiración de Antonio Vico interpretando el protagonista del drama. Para tal autor, tal intérprete: así lo decía el público en masa.

El joven frívolo, calavera y violento del primer acto; el anciano que en el acto segundo sufre las últimas consecuencias de la parálisis, que no ha conseguido dominar la violencia de su carácter; los distintos afectos de ternura, dolor, ira, desesperación, y la muerte, en fin, con que termina la obra, fueron expresados por el eminente actor de una manera admirable, asombrosa, sublime.

La Sra. Cibera y la Srta. Casado; los Sres. Cibera, Fernandez (D. Mariano), Parreño y todos los demás que tomaron parte en la ejecución del drama estuvieron tan perfectamente, como lo están los buenos actores cuando á la perfección representan sus papeles.

Para hablar del éxito que anoche tuvo D. José Echegaray es difícil encontrar frases; el público no los encontraba tampoco, y prorumpía en tempestades de aplausos, en bravos, y por fin en roncós é inarticulados gritos, aclamando frenético al laureado autor, al gran dramaturgo, al eminente D. José Echegaray, gloria indiscutible del teatro contemporáneo.

La escena fué presentada admirablemente y con notable propiedad en los tres actos; en el primero sirvió el café de Fornos una succulenta comida, con un servicio de mesa elegantísimo y de gran valor.

(Correspondencia de España.)

Con ser tantos y tan ruidosos los triunfos alcanzados por el ilustre dictador de la escena moderna, no recordamos, desde *La Esposa del vengador* y de la ovación de *El Gran galateo*, éxito igual en lo anónimo, delirante y merecido, al que obtuvo anoche su último drama, estrenado en el Español.

Unas cuarenta veces tuvo que presentarse en la escena á saludar á un público que le aplaudía con frenesí y le aclamaba con locura, siendo muy de notar que ayer, aun los más refractarios al teatro de Echegaray y los más intransigentes censores de su estilo se confesaban vencidos y no eran los últimos en rendir homenaje al genio prodigiosamente fecundo de nuestro gran poeta.

Su drama nuevo tiene esa ventaja sobre los anteriores: no diríamos que representa una evolución en

la dramática del Sr. Echegaray, pero sí que ha causado general y grata sorpresa, por haber ensanchado la esfera donde acostumbraba á renovar sus laureles. Rehuyendo los efectos fantasmagóricos, las fosforescencias artificiosas y la fascinación de lo que relumbra, sin dar tiempo á distinguir el oro y el diamante del cobre y del vidrio, en el drama de anoche, por el contrario, ha preferido la naturalidad sencilla, el sentido recto y moralizador de la conciencia popular y la vida tal como es, con sus amarguras y sus noblezas, con sus sombras y sus destellos de luz, con los placeres que degradan y los sufrimientos que redimen.

No hay el pesimismo cruel que predominó en otras de sus obras, y con rara fortuna ha evitado el insignificante autor la sensiblería empalagosa, el artificio de lo convencional y los tropelios de idealidades sin verdad en la naturaleza.

Se aparta radicalmente el Sr. Echegaray en esta ocasión de todo procedimiento excepcional; esquiva lo grandioso en las proporciones exteriores, y no tiene en el drama papel conflictos horribles de pasiones monstruosas ni el furor de frenética demencia.

Vida alegre y muerte triste es una tragedia de la vida íntima: la culpa y la expiación, tales como las trae cada día la ley inexorable del destino humano. El drama se desarrolla en una conciencia; D. Juan Tenorio no se salva con una redondilla ó con una dición.

Destiérrale de la escena de sus locuras la ruina, obra de sus despilfarros; póstralo los achques nacidos de la orgía; enferma de la médula espinal, y arrástrase casi paralítico con toda la lucidez de la inteligencia y con toda la carga abrumadora de un cuerpo medio muerto. Pudiera llamarse la obra *El infierno de D. Juan*.

Alegre, pondecierno, impenable, conquistador en el primer acto, no hay virtud que no rinda, honor que no atropelle, respeto que no arde, fatiga que no soporte. La vida para él es el juego, el galateo, la orgía, el desafío; le causa el amor constante, y va siempre lanzado al torbellino del placer.

Al cabo de veinte años es un viejo precoz: las piernas no le sostienen, el amigo le ha olvidado, sus amores no saben si existe, el insomnio se sienta cada noche en la cabecera de su lecho, los criados le lustran la muerte esperando la herencia, y aun toman á cuenta algun menudo anticipo.

En aquel carácter de acero, rendido, pero no domado por la adversidad, se destaca pujante el remodelamiento, que le roe sin descanso y sin que él supiera se dé cuenta del nombre de aquel gusano aposentado en sus entrañas.

¡Qué admirable ver cómo los destellos de la conciencia luchan con las antiguas sombras y cómo entre las rebeliones de un espíritu satánico logra la ternura una victoria que el dolor desesperado y la muerte vecina no pueden domeñar!

Muchos caracteres hermosamente dramáticos ha creado el Sr. Echegaray: ninguno supera al D. Ricardo del último drama: es el ángel caído que á veces agita sus quebrantadas alas en busca de la luz de

los cielos, y á voces vuelve los ojos al abismo y se enorgullecen con su antigua maldad.

Ni una sola flaqueza achica aquella gigantesca figura: una cruel misantropía la domina: un desprecio profundo á la raza humana y á sí propio lo devora; pero en aquel espíritu que, aun agitándose en el lodo, no se ha envilecido, se destacan siempre el *quid divinum*, la potente personalidad de un sér nacido para el bien y capaz de sentir las más nobles pasiones.

¡Qué transformación la de aquella conciencia al sentirse en contacto con la pureza angelical de una pobre niña! ¡Qué detalles más sublimes en aquellas intuiciones de la eternidad y en aquella ternura poética y verdadera de la conversacion del padre con la hija! ¡Qué gritos del alma, qué explosiones de cólera, que rugidos de fiera al verse postrado por la parálisis, sin poder defender á la hija que acaba de encontrar, del infame seductor que quiere arrebatársela, reproduciendo las escenas que él, ahora moribundo, había realizado en sus viciosas mocedades!

La catástrofe llega entonces rápida, horrenda.

En las últimas luchas de la agonia logran sus brazos, ágiles aún, abogar al matvado que pretendía deshonrarlo, y exclama:

Salve su honor de esta muerte...
¡Qué! son eternos juicios!
¡El castigo de mis crímenes
Á mis plantas en mí muerte!

Y aquel hombre, al cabo de tan horrible sufrir, muere en el seno de una familia; entré su antigua víctima y su pobre hija, que lo lloran.

Nuestra imparcialidad nos obliga á decir que en el tercer acto hay dos ó tres efectos melodramáticos que desdican del exquisito arte y hermosa naturalidad de la obra, como son el reconocimiento de la hija, la llegada de la madre y la brutal insistencia del seductor en llevarse á su víctima, defendida ya por sus padres, y aun por ella misma. Sin embargo, estas tres cosas, para nosotros censurables, fueron las más aplaudidas, sobre todo la segunda, que proloja estrepitoso delirio.

No podemos extendernos más. Felicitamos de todo corazón al ilustre y eminente autor del nuevo drama, no sólo por el éxito alcanzado, sino por lo que nos prometemos de esa nueva transformación de su dramática, y añadimos nuestros placeres al Sr. Vico, que justamente ha compartido los laureles con el señor Echegaray.

Para dar idea del estilo y versificación, transcribimos una de las escenas que nos ha parecido de las más inspiradas. Es del acto tercero. D. Ricardo ha roído con grande enojo á sus criados, y lo acompaña Carmen, acogida en una tempestad en casa de su padre, sin saber uno ni otro el vínculo que los une.

La interpretación de la obra fué anoche perfectísima, y contribuyó por modo poderoso á poner en relieve las innumerables bellezas en que abunda *Vida alegre y muerte triste*. Aunque el Sr. Vico es un actor de excepcionales facultades, que siempre da gran realce á los papeles que se le confían, pocas veces le

hemos visto tan igual y tan inspirado como ayer. Ha hecho de D. Ricardo una verdadera creación y subyugado al público en las escenas más culminantes del drama. Nos veníamos perplejos si pretendiéramos determinar en cuál de ellas ha rayado á mayor altura. Cada frase tuvo en labios del eminente artista entonacion adecuada, y cada afecto se traducía en su rostro por un gesto más elocuente que la palabra misma.

En la escena final del primer acto, en todo el segundo, y singularmente en las que precedieron á la catástrofe, se identificó de tal manera con el carácter del protagonista, que los espectadores se levantaban de sus asientos, creyendo acaso que así le veían y comprendían mejor. Á las exclamaciones arrebatadas por la admiracion sucedían á menudo los aplausos nacidos al calor del entusiasmo.

La Sra. Círcera, cuyo papel es puramente episódico, tuvo momentos felices, y la Sra. Casado demostró anoche que estudia y adelanta. Dijo con gran delicadeza su parte, y mereció que el público la tributara calurosos elogios.

Mariano Fernandez contribuyó poderosamente al éxito de la última produccion del Sr. Echegaray, interpretando á maravilla el carácter de Pedro.

Los Sros. Círcera, Porreño y demas, muy acertados en sus respectivos papeles. Diríase que todos habían comprendido que el drama del Sr. Echegaray es una de esas obras en que la ejecucion no debe decaer un solo instante, é hicieron todo lo posible para conseguirlo.

La cena del primer acto estuvo perfectamente servida por los Sros. Fornos. Se comió de verdad.

(El Imparcial.)

¡Qué noche tan hermosa! ¡Qué obra tan admirable! ¡Qué triunfo tan extraordinario! No hubo lucha ni em posible. Las opiniones fueron unánimes. *Vida alegre y muerte triste* es la mejor obra de Echegaray, y el éxito de anoche el más entusiasta, el más ruidoso, el más verdadero de cuantos ha tenido el ilustre actor de *Olivera á santidad* y *La Muerte en los labios* en su gloriosa carrera artística. La manifestacion de que el Sr. Echegaray y el Sr. Vico, intérprete notabilísimo de su obra, fueron objeto rayó en el delirio. Hay *Vida alegre y muerte triste* para una eternidad.

Todos sabemos que el Sr. Echegaray es maestro en el arte de dominar al público.

Nada tan fácil para él como fascinarle con su audacia incomprendible, y llevar el ánimo de los espectadores, de emocion en emocion, de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro, al olvido completo de la verdad y de la lógica. Lo que hasta anoche no había logrado es acertar á unir en lazo íntimo la verdad con la belleza, y la sencillez con el interés dramático que avasalla y cautiva.

En *Vida alegre y muerte triste*, escrita con mayor correccion de lo que el Sr. Echegaray tiene por costumbre, hay novedad, frescura, sentimientos y pasiones profundamente humanos, fundidos al calor de una imaginacion vigorosa, movidos por los impul-

sos de un espíritu valiente, iluminados por los rayos vivísimos de una brillante fantasía.

La acción, la verdadera acción es rápida, sencilla, viva en intensidad é interés; los incidentes no descomponen, ántes completan la unidad del conjunto; hay cuadros que con sólo copiarlos harían la reputación de un pintor; abundan los pensamientos levantados, las frases llenas de delicadeza y ternura, los rasgos líricos dignos de Calderón y Shakespeare.

En el álbum de nuestros grandes éxitos teatrales habrá que poner *Vida alegre y muerte triste* en letras de oro. Todo contribuye á la victoria. La escena puesta con verdadero arte; aquel hermoso carácter de Ricardo, del que el talento de Vico ha hecho una verdadera creación; los personajes secundarios de la obra interpretados con mucha fidelidad y acierto.... hasta los camareros de Fornos que sirven la cena del acto primero....

Vida alegre y muerte triste tuvo una interpretación muy notable. Bien la señora Císera y la señorita Casado; bien los Sres. Fernandez (D. Mariano), Císera, Perez, Parreño y Vives. Cuanto al Sr. Vico, el trunfo que anoche alcanzó es uno de los más grandes que hemos presenciado y tambien de los que más ha merecido el eminente actor.

Admirable, Sr. Vico, admirable. Así se representa.

La escena, muy bien puesta. La cena, servida de Fornos, succulenta. Hasta los camareros estuvieron acertados en sus papeles.

Anoche no hubo baches ni murga.

No era día de *Vidico*, sino de *Gloria*.

(El Liberal.)

Seguramente que no carece *Vida alegre y muerte triste* de los recursos y áun frases artificiosas y habituales del autor. Hay los consabidos efectos de luz de chimenea y luz del día; el hijo natural, reconocido al cabo, de siempre; la aparición providencial de algún personaje; las alucinaciones de una imaginación enfermiza y muy excitada, y gran copia de imágenes de oriental fastuosidad; muchas comparaciones con el mar, y un empleo abundantísimo de las palabras cieno y fango.

Peró ¿qué son estos lunares en el bellissimo semblante de la obra? ¿qué tales arbitrios convencionales ante la grandeza avasalladora del drama, ante los arranques majestuosos ó vibrantes de su versificación, ante los fogos conmovedores de ternura y los rasgos gentilísimos de gallarda poesía?

El público, fascinado, así por los destellos del diamante purísimo del drama, como por los resplandores hábilmente preparados de sus metálicos reflejos, aplaudía sin tregua, en el último acto sobre todo, produciendo oleadas de entusiasmo y tempestades de bravos y palmadas.

Verdad es que áun en otra producción de ménos quilates hubiérase producido un vértigo semejante, ya que no igual, merced á los prodigios, verdaderos prodigios de acción, de expresión, de palabra, de ademán y de gesto que realizó ese actor, honra de la

escena contemporánea en España y fuera de ella, que se llama Antonio Vico.

Las últimas escenas del tercer acto fueron un delirio; el actor ya no fingía, sentía; el drama vibraba y resplandecía como una espada blandida por un gigante, y á cada alarido de admiración del público respondía un arrebatado maravilloso del genio del poeta y un maravilloso rasgo del talento del actor.

Uno y otro hubieron de salir á la escena multitud de veces; los espectadores, de pie, y como presa de una embriaguez, aplaudían sin tregua, y pocos momentos despues un torrente humano invadía el escenario, alagando casi entre sus brazos, es decir, entre sus abrazos, á Echegaray y á Vico.

Los demas actores cumplieron con gran acierto su cometido; la señora Císera tiene un papel breve, pero muy dramático, al que dió fuego y colorido; la señorita Casado, tan discreta y atinadamente expresiva como nunca; muy bien Císera, Mariano Fernandez, Ana Varela y los otros individuos de la compañía que tomaron parte en la representación de *Vida alegre y muerte triste*.

La escena estuvo atendida con tal esmero, que la cena del primer acto fué dispuesta, y muy lujosamente, por Fornos, y servida por camareros del mismo restaurant. La decoración del segundo y tercer acto muy apropiada, y amueblada con no ménos propiedad.

En suma: todo, absolutamente todo estuvo muy bien; para bien sea.

El drama estrenado anoche ha sido escrito en veinte días y ensayado en nueve. Para el acto último, el decisivo, no hubo más que cinco ensayos, y para Vico ninguno.

Ninguno decimos, porque lo que en ese acto hizo anoche el actor nombrado, ni cabe prepararlo, ni es posible apenas repetirlo; llega á esa cima que se irge sola entre las nubes, y en la cual solo un brevísimo instante puede sostenerse el hombre, y que se llama lo sublime.

Para subir tan alto son menester alas: la obra del poeta se las proporcionó al actor.

Quizá ninguna de cuantas aquél ha escrito fué aplaudida con más calor y con más sinceridad, y es porque en ninguna había agitado sentimientos tan puros como en ésta.

Era anoche opinión general en el teatro, como lo hoy es en la prensa, que el talento admirable de don José Echegaray ha cambiado su procedimiento y estilo, y dejando de lado los horrores trágicos, los conflictos tremebundos y los lances melodramáticos, busca por el camino de la sencillez, y la encuentra, la más delicada fibra del corazón humano.

(La Epoca.)

FRAGMENTOS DEL DRAMA.

ACTO PRIMERO.

DE LA ESCENA V.

RICARDO. Me eduqué en la ociosidad
y entre fáciles amores,
y fueron mis preceptores
placer, lujo y vanidad:
las sonrisas de las bellas,
la embriaguez de la alegría,
el delirio de la orgía
y el chocar de las botellas;
conque envuelto por tal ola
de espumante frenesi,
si algo bueno queda en mí,
no es poco mérito, Lola.
Pero al ver la celestial
luz de amor que te circunda,
con vibración tan profunda
late la fibra carnal,
¡que mientras roba la calma
á la materia maldita,
su agitación infinita
llega y penetra en el alma!
¡De modo que este tronera,
al menos por esta vez,
sin mentira y sin doblez,
te ama con el alma entera!

ACTO SEGUNDO.

DE LA ESCENA IV.

RICARDO. Te dejo con tus encantos
y me quedo con mi paz.
Ni yernos, ni amas, ni rorros:
yo me voy al cementerio,
como cumple á hombre serio,
sin equipajes ni engorros.
Mira.....
(Señalando por la ventana; ya casi es de noche.)
su negro crespon
extiende la noche inmensa,
y en las nubes se condensa
entre sombras el turbion.
Oleaje que nada aplaca
llega á la costa, y la bruma,
deshaciéndose en espuma,
recogiéndose en resaca.
Los caminos, barrizales;
los elementos, en guerra;
las gargantas de la sierra,
gargantas de vendavales.
Y yo en mi concha metido,
sin preocuparme por nada,
siguiendo la llamada
del hogar enrojecido;
sin que jamas, por fortuna,
me cause necia inquietud
de una mujer la virtud

ó de un niño la vacuna;
sin pensar (los remolinos
del agua al ver, cuando llueve),
si álguien que mi sangre lleve
irá por esos caminos,
ó si asaltaré el pudor
de una niña enamorada,
del libertino la osada
ánsia ciega del amor.
Y como libre viví

(Procurando mostrar indiferencia y egoismo, pero sin conseguirlo.)

de cuanto liga y abruma,
tan sólo me ocupo, en suma,
de mis nervios y de mí.
Y aunque á veces sufre el alma,

(Empesando á agitarse.)

otras se olvida de todo.....
y esto es dicha, en cierto modo;
y hasta cierto punto, calma.

(Cada vez más agitado.)

SERAFIN. Si eres tan dichoso, al fin
hay que aplaudir tu sistema.
¡Resolviste el gran problema!

RICARDO. ¡Dichoso, no, Serafin!

(Agarrándose á él con ánsia febril. Despues si-
gue con repentino arranque.)

¡Los latidos de ese mar
anhela mi corazón,
y el agua de ese turbion,
mis ojos, para llorar!
¡Por qué mi sér se derrumba,
y mi carne se estremece,
y esta soledad parece
la soledad de la tumba!
¡Quisiera de cualquier modo
tener á cualquiera aquí,
y hacerle llorar por mí,
para no morir del todo!
¡Un amor en que apoyarme!
¡Algun cariño á que asirme!
¡Un palmo de tierra firme
que encontrar al desplomarme!
¡Que con mis ruines despojos
todo no ha de perecer,
mientras me quiera otro sér,
mientras me lloren los ojos!

ESCENA X.

Don Ricardo, Carmen, Pedro, Basilio, Antonia,
Don Alvaro, Ramon.

RICARDO. No os lo cedo.....
ni os necesito..... yo basto
(Arrodillándose y queriendo levantarla.)
En vano mis fuerzas gasto..... (Aparte.)
estoy muy débil..... no puedo.
Yo que alcé tanta hermosa
del fango en el lupanar,
ya no puedo levantar
á esta pobre criatura.
¡Fuerzas!..... ¡alientos!..... ¡salud!.....

¡energías que codicio!.....
¡os gustasteis en el vicio!.....
ya..... ¡ni para la virtud!

(*Álvaro se adelanta: Cármen en tierra: junto á ella, de rodillas, Ricardo: los demas, formando grupo á cierta distancia.*)

ÁLVARO. ¡La pobre niña se muere!

RICARDO. ¿Qué buscas tú?

ÁLVARO. Me dijeron,
que á una jóven recogieron....
y por eso.... si usted quiere,
bien puedo ayudarle....

RICARDO. (*Rechazándole.*) ¡No!

ÁLVARO. Como guste: no porfio.

(*Retirándose con cierto aire de burla.*) (*Ricardo, estimulado por la presencia de Álvaro, levanta á Cármen y la coloca en el sillón.*)

RICARDO. Ya ves que áun conservo brío:
ya ves que áun me basto yo.

(*Queda en pié junto al cuerpo de la jóven.*)

Por si fuera menester,
que no lo creo, y te aviso,
y es el médico preciso
para esta pobre mujer,
mientras la vuelvo á la vida
y sus angustias acallo,
ten á mi mejor caballo
con el sillín y la brida. (*Á Basilio.*)
Arriba tú, á descansar,
mientras á tí no recurra. (*Á Álvaro.*)
Vosotros, á lo que ocurra.

(*Á Pedro y Ramon.*)

Yo, con Antonia á velar.
Y esta es la primer velada,
la primera de mi vida,
en que el alma está metida
en alguna empresa honrada.
Conque ahora, vamos á ver
qué es mejor, en paridad:
si una obra de caridad
ó una noche de placer.

ACTO TERCERO.

DE LA ESCENA V.

CÁRMEN. ¡Ay, señor, yo bien quisiera
darle muchas alegrías!
¡las más puras! ¡las mejores!

RICARDO. Eso es ya mucho pedir:
me basta, si he de sufrir,
con que aplaques mis dolores.
¡Alegrías! ya jamas.
Ir muriendo sin dolor....
y mira, niña, en rigor
no merezco mucho más.
Y para eso vén aquí:

(*Se acerca Cármen.*)
mucho más cerca; á mi lado.

(*Se sienta junto á él.*)
Deja á este viejo olvidado,
y hablemos sólo de tí.
¿Tú has vivido en esa sierra?

CÁRMEN. Nací en la patria del Cid,

pero vengo de Madrid.

RICARDO. ¡De Madrid! Muy mala tierra,
CÁRMEN. Somos pobres, y mi madre,
que está muy enferma.... claro....
viene buscando el amparo....
de un amigo de mi padre.

¡Pedigüeñas enojosas!

(*Con humildad y tristeza.*)

Pero inútil ha de ser,
(*Con cierta ligereza, propia de sus pocos años y de su inocencia.*)

porque en llegándola á ver,
le he de contar muchas cosas!

RICARDO. Si son secretos....

CÁRMEN. ¡No tal!

¡y para usted, á quien debo
la vida!... mas no me atrevo....
no sé por qué....

RICARDO. ¡Es natural!

(*Algo afligido.*)

CÁRMEN. No se ponga de ese modo.

RICARDO. ¡La desconfianza alerta!

(*Entre resentido y triste.*)

CÁRMEN. La prueba de que no acierta
es que va á saberlo todo.

RICARDO. ¿Cosa grave? (*Sonriendo.*)

CÁRMEN. Por supuesto,
Es que cambia nuestro estado.

RICARDO. ¿Pues qué ha pasado?

CÁRMEN. Ha pasado....

(*Lo dice de pronto.*)

que voy á casarme presto.

(*Queda despues como avergonzada.*)

Ya lo dije.... no sé cómo....
pero lo dije.... Mejor: (*A parte.*)
es muy bueno este señor,
y de aquí pretexo tomo

(*Con cierta malicia.*)

para hablarle de su amigo,
porque Álvaro debe ser
amigo suyo.

RICARDO. (*La contempla sonriendo.*)

Á poder,
á la boda por testigo
fuera yo.

CÁRMEN. Ya se me alcanza
que es acaso atrevimiento
hablar de mi casamiento;
pero es tanta la confianza
que usted me inspira....

RICARDO. Haces bien!
¿y el novio es jóven honrado?

CÁRMEN. EL.... como tal se ha portado.
Y usted lo sabe tambien
como yo: mejor quizás.

RICARDO. ¿Que yo le conozco?

CÁRMEN. Mucho;
¡si es don Álvaro!

RICARDO. ¡Qué escucho!
(*Con asombro y espanto.*)

¿Don Álvaro?

CÁRMEN. Sí.

RICARDO. ¡Jamás,
¡Sér abyecto y corrompido,
burlador de las mujeres,
¡Si con el alma le quieres,
para siempre te has perdido!
¡Corazon que no se ensancha
si el vicio no lo alimenta;
que goza con lo que afrenta
y vive con lo que mancha!
Huye de él ¡sér desdichado!
y no te apartes de mí. (*Abrazándola.*)
¡Que venga tu madre aquí,
y hasta entónces, á mi lado!

CÁRMEN. ¡Mi cariño le esclaviza!
RICARDO. No es cariño, que es antojo:
¡mira ese carbon qué rojo;
vuelve luégo y es ceniza!

CÁRMEN. ¡Le he visto llorar por mí!
RICARDO. ¡Lágrimas por tí vertió!.....
¡las conozco, porque yo
muchas como esas vertí!

CÁRMEN. ¡Juró ser mi esposo!
RICARDO. Es cosa
tan sencilla, que con creces
la he jurado yo mil veces:
y ya ves, ni hijos, ni esposa.

CÁRMEN. ¡Esa duda horrible empañá
todo mi cielo!

RICARDO. Con tal
que le salve, ménos mal.

CÁRMEN. ¿Tan fácilmente se engaña
á una mujer, Dios clemente?

RICARDO. ¡Qué sabes tú, pobre sér!.....
¡cuando quiere la mujer
de véras, muy fácilmente!

CÁRMEN. ¡Me da usted miedo, señor!
(*Quiriendo alejarse: él la sujeta.*)

RICARDO. Esa es la palabra: ¡miedo!
Yo también, porque no pueda
(*Con angustia.*)
defenderte á mi sabor,
¡Espera, espera! ¿Le has visto
esta noche?

CÁRMEN. Hace un instante,
tierno, rendido y amante,

RICARDO. ¡Lo supongo, vive Cristo!

CÁRMEN. No es usted justo: al regazo
de mi madre, me decía
que él mismo me llevaría.

RICARDO. ¡Me conozco en ese lazo!
Llama al momento.

(*Pausa; ansiedad; no viene nadie.*)

¡Otra vez!
(*Nueva pausa.*)
¡Basilio!..... ¡Pedro!..... ¿qué pasa?
¿no queda gente en mi casa?
¡Ahora venás su honradez! (*Á Cármén.*)
¡Se me salta el corazon!
¡Todos al momento aquí!

CÁRMEN. Cálmese usted.
RICARDO. ¡Es por tí!
(*Abrazándola con cariño.*)

CÁRMEN. ¡No viene nadie!

DE LA ESCENA VIII.

CÁRMEN. ¡Padre!

RICARDO. ¡Si!..... ¡Dile que venga!
(*Señalando á don Alvaro.*)

ALVARO. ¡Un anciano que agoniza
tienen por junto las dos!

RICARDO. ¡Ven, y prueba, vive Dios,
si aun abrasa la ceniza!

ALVARO. ¡Me opones barrera ruin!

RICARDO. ¡Pues bien, acércate más!

ALVARO. ¡Pues sea! (*Á Ricardo.*)
¡Me seguirás, (*Á Cármén.*)
mal de tu grado!

(*Se acerca á coger á Cármén; en aquel instante
don Ricardo le agarra por un puño y le sujeta: Cármén
vuelve á los brazos de su madre.*)

(*Dos grupos: Ricardo en pie sujetando á Alvaro.*)
(*Dolores y Cármén á la izquierda y abrazadas.*)

RICARDO. ¡Al fin!
¿Buscas caricias?..... ¡Caricias!

(*Cogiéndole por los dos brazos.*)
¿Besos pides?..... ¡En mis labios!.....

(*Sacudiéndole y acercándole á sí.*)
¿Quieres agravios?..... ¡Agravios!

(*Haciéndole caer de rodillas; él de pie.*)
¿Justicias quieres?..... ¡Justicias!

(*Oprimiéndole el cuello con ambas manos.*)
(*Cae Alvaro en tierra ante don Ricardo: éste, de
pie, sosteniéndose en la butaca.*)

CÁRMEN. ¡Jesus!..... ¡Jesus!..... ¡madre amada!
(*Abrazándose á ella.*)

DOL. ¿Qué has hecho, Ricardo mio?

RICARDO. Ya está su cuerpo más frío
que mi pobre sangre helada.
Salvé su honor de esta suerte.....
¡Quizá son eternos juicios!.....
¡el cadáver de mis vicios
á mis plantas en mi muerte!
¡Mis esperanzas..... las dos!

(*Tendiéndoles los brazos.*)
¡Mi castigo..... mi agonía!.....

(*Cae en el sillón; Dolores y Cármén corren á él,
una por cada lado.*)

DOL. ¡Ricardo!

CÁRMEN. ¡Padre!

RICARDO. ¡Hija mía!
¡Dolores!..... por siempre..... ¡adiós!

FIN DEL DRAMA.

Este suplemento se regala á los suscritores de LA AMENIDAD, el periódico ilustrado más barato que se publica en España, y del cual se remite un prospecto y un número de muestra grátiis á cuantas personas lo soliciten.

PRECIO PARA LOS NO SUSCRITORES

10 céntimos.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadencyya».
IMPRESORES DE LA REAL CASA.

